

Brecha

AÑO 2 -- ARTES -- JULIO DE 1958 -- LETRAS -- N° 11

Secretario del Consejo de Redacción: Francisco Gamboa Guzmán — Teléf. 5640 - Apdo. 1157 - San José, Costa Rica

Edita: BRECHA Ltda. — ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO.—Rubén Darío — Precio: ₡ 1

Rafael Estrada

Por Luis Ferrero Acosta

VIDA.

Nació en la República de El Salvador, de padres costarricenses, el 9 de marzo de 1901.

Hizo sus estudios en Costa Rica. Cursó Jurisprudencia en la Universidad de Costa Rica.

Se preocupó constantemente por los problemas nacionales y, sus campañas en pro de la nacionalización de las compañías eléctricas son todavía muy recordadas.

Manejaba con destreza y sensibilidad el violín. Y, como violinista viajó con la Orquesta Sinfónica Nacional por Centro América y México. En este último país fue recibido con júbilo por la juventud intelectual.

Colaborador de inquietas revistas que propulsaban la renovación poética en nuestro país, entre ellas "Spartí". Su producción poética se encuentra publicada en periódicos y revistas, de la categoría de "Repertorio Americano". Sus poesías despertaron apasionadas discusiones y la casi totalidad de ellas se encuentra recogida en tres poemarios: "Huellas", "Viajes Sentimentales" y "Canciones y Ensayos". También publicó "Sobre los Estudios Estéticos".

Fue un atormentado e incomprendido. Muchos poemas suyos se han traducido a otros idiomas, singularmente al inglés, francés y portugués.

Murió el 23 de diciembre de 1933 en un trágico suceso.

OBRA

Si para referirnos a Rafael Estrada buscásemos un calificativo, el que más le convendría sería el de "raro", sin la amplia significación que le dio Rubén Darío. El poeta Estrada es un ejemplo de autonomía y a la vez, de encanto silencioso: efectivamente llega a nuestra alma y de ella no se aleja más.

Exceptuando la lírica de Brenes Mesén, el ambiente poético costarricense estuvo cargado de retóricos. Al aparecer en él un poeta del temperamento de Estrada, lógico era que desconcertara. Brenes Mesén y Estrada fueron en realidad los primeros introductores, con cabal conocimiento, de las nuevas formas poéticas y de recientes ideas



RAFAEL ESTRADA

que todavía en parte tienen vigencia. Cuando se habla de la renovación poética en Cos-

ta Rica hay que repartir los papeles entre Brenes Mesén y Rafael Estrada; en sus luchas de sustitución de la artificiosa poesía, ambos siembran las semillas que luego germinarán, pues sus obras son nuevas y hacen época en la historia literaria nacional.

Estrada recién había pasado la pubertad y ya entraba a la hombría cuando publicó sus primeros poemas en periódicos y revistas. Desde muy joven le preocupaba el idioma no en sus aspectos musicales sino como cargas emotivas y conllevaderas de contenido; precisamente de aquí, de este sentido que tenía del idioma es de donde arranca gran parte de su innovación, gusto, pretendiendo en sus salidas un humorismo que les

resulta chirigotero, aun cuando en ese bando estaban pero. Como en sus poemas no había nada de deliquios auditivos, ni se notaba la aguda percepción colorida y aparecieron algunas otras cosas más a que no estaban acostumbrados los lectores, el público se alarmó. En vez de buscar la causa de las innovaciones, en vez de plantearse el problema de la voluntad artística, los lectores reaccionaron burlescamente con cuchufletas. Aquellas gentes tan apegadas a la costumbre formalista debieron haber sentido como un latigazo la poesía de este poeta; poesía que se caracteriza por el descuido de las formas imperantes. Ante ese salto tan brusco y sin transición, y al abrirsele al lector la existencia de una nueva retórica, éste no comprende y busca escape con el choteo. Se inicia entonces la lucha; por un lado Rafael Estrada, seguro de lo que deseaba realizar y por otro, el público lector tercamente empeñado en no querer comprender. Los impugnadores se pertrechan con sátiras de mal sonas de responsabilidad intelectual como Rogelio Sotela y humoristas como Enrique Hine, por ejemplo. Se forma un núcleo de estudiosos que auscultan el acervo poético de Estrada y salen en su defensa; entre ellos los más empeñosos fueron Moisés Vincenzi, Carlos Luis Sáenz, Marco Aurelio Zumbado, Eduardo Uribe y Max Jiménez Huete. No pudo existir conciliación, pero la poesía de Estrada logró fijar la atención y desde el exterior se suman voces de estímulo, como las egregias de Gabriela Mistral y Enrique González Martínez, a la vez que la adhesión de don Joaquín García Monge, quien se encargó de publicar en su "Repertorio Americano" poemas de Estrada y comentarios en torno a su obra. Por la significación que esta revista tiene la voz de Estrada no pasó inadvertida.

No debemos olvidar que Estrada publica su primer libro cuando tenía 22 años. Los arreos juveniles todavía eran muy fuertes e impetuosos. No debemos olvidar también que a la juventud le corresponde siempre buena parte en las

renovaciones y el de Estrada, si no es un ejemplo de trascendencia continental, no deja de tenerla dentro del ámbito de las Letras Patrias.

Estrada, que no era un tipo ingenuo sino un hombre seguro de sí, con los títulos "De la farándula diaria" y del libro "La sonrisa del sendero" publicó en *Diario del Comercio* y *La Tribuna*, respectivamente, (1) algunos poemas con su firma. Como era de esperarse la reacción no tardó en aparecer y aquí es donde viene la agudeza del joven poeta... ¡aquellos poemas eran de Juan Ramón Jiménez! Con tanta astucia logró demostrar la incapacidad estética y la miopía crítica de quienes lo atacaban y logró, en parte, silenciar los corifeos contrarios. Luego, en una conferencia explicó sus principios estéticos relativos a la nueva poesía. La conferencia fue recogida y publicada poco tiempo después con el título de "Sobre los estudios estéticos" (1926).

Reseñado así el movimiento promovido en torno de la poesía de Estrada adentrémonos en ella. ¡Claro está, deseo nuestro hubiera sido ejemplarizar y detenernos más en su obra; los límites de este ensayo nos inhiben!

Tres libros editados recogen la casi totalidad de la obra de este poeta: "Huellas" (1923); "Viajes Sentimentales" (1924) y "Canciones y Ensayos" (1929). Con la aparición de las dos primeras obras la fuerza de sus impugnadores brota no como el arroyo gongorino, hijo de una fuente y nieto de una peña, sino con la fuerza de un torrente; en cambio el último libro pasa casi inadvertido.

Como se ha dicho Estrada abre posibilidades a la poesía costarricense y su afán rebelde lo conduce a un radicalismo renovador. Renovadora es sin duda, por lo exterior y por lo interno, su poesía. Ya se ha anotado aunque ligeramente que una de las principales características de la poesía de Estrada es el descuido de las formas consagradas. Aquí viene muy bien reproducir algunos conceptos de Moisés

Vincenzi: "No existe en Costa Rica un poeta que le atribuya menos importancia a los efectos silábicos, a la sensación de la rima por la rima. A esto se debe más de una estrofa pesada en el libro, falta de flexibilidad y de brillo, de sensación auditiva exterior. No debe Estrada descuidar este aspecto de su obra... que su verso no se tambalee en el suelo como un tanque inglés" (es decir que el concepto no agobie en el verso la carga estética, la cierta "levidad aristocrática del léxico y la sintaxis poética") (2). Entre los objetivos que se propuso lograr estaba el que el poema fuese breve como una síntesis emotiva. Su mentalidad lo llevó a la poesía "desnudada" de lo artificioso y la convirtió en casi un esquema.

Un paréntesis para explicar por qué anteriormente lo llamamos "raro". Es curioso que siendo él un buen violinista y amante de la música y poseedor —según testimonios— de un seguro sentido del ritmo no prestara ninguna atención a la musicalidad en la poesía; y es más, siendo gran admirador de Rubén Darío del cual memorizó buena parte de su obra, no se encuentra en su acervo poético una mayor influencia del nicaragüense. Con estos ejemplos, queremos, a la vez, confirmar lo anterior de que Estrada sabía perfectamente las perspectivas y caminos de su innovación, es decir, que el deseo de hacer obra propia, estuvo en él muy arraigado. En el campo de las influencias —fertilizaciones en nuestra terminología—, se nota a veces la huella de Herrera y Reissig, la dualidad tan característica de la poesía de los "Versos Sencillos" de José Martí y sobre todo la de Juan Ramón Jiménez, precisamente el de la segunda época (Diario de un poeta recién casado). Otra contribución que valdría la pena estudiar a fondo es la del Postumismo, escuela literaria dominicana; valdría la pena ver hasta dónde calaron hondo en él las ideas del Postumismo. De sus fuentes habría que anotar que en su última época hay un retorno a la antigua poesía española del siglo XVI, pero

ello tiene sus causas que explicaremos en otra ocasión con la amplitud que el tema merece.

Por informes aislados que hemos podido recoger pareciera que los parnasianos y los primeros modernistas de nuestra poética (salvo algunos) creían que "los suyos eran los ideales perfectos de poesía absoluta". Si tal cosa creyeron estuvieron equivocados puesto que la Poesía es mutable y manifiesta cambios constantes. Entonces la actitud viril de Estrada vino a constituir un mentis a esas pretensiones de "poesía absoluta" en formas perecederas.

Con sus meditaciones Rafael Estrada viene a ser un Fausto que desciende a la morada de las Madres y desde ahí sube con sus poemas en los que lo poético alterna con la prosaico, —impurezas antipoéticas si que las tiene—. En su libro "Huellas" aparece constantemente la simbología oriental como un fuerte fundamento que desgraciadamente no podemos estudiar aquí, porque hay que estudiarla a fondo para desentrañar los fenómenos místicos en los que mitiga sus torturas y ver en ellos lo que decía Goethe de las "imágenes que responden a las sensaciones propias", o sus atributos esenciales. Si a la poesía del tomo "Huellas", —tan llena de congoja, agonía, dolor sublimados en mística!— se le despojara de los símbolos orientales, perdería parte de lo esencial y permanente porque esa simbología es inherente a la obra a la cual afirma. Al estudiar los símbolos de la poesía de Estrada iríamos indefectiblemente a su misticismo, a su lucha perenne entre el barro y la luz como dijo de él un comentarista, y tiene que ser así porque en ellos está representada la base que nos ayudaría a encontrar el camino por el cual nuestro poeta transitó buscando su alma. El misticismo de Estrada no es un misticismo cristiano como el de un Claudel, sino de raíz indostánica, o teosófica, y en él sentimos una constante lucha decisiva; Carlos Luis Sáenz lo llama por esta condición un "misti-

co combatiente, es decir, un pecador místico”.

Rafael Estrada es un poeta post-modernista. En sus poesías se encuentran notas fundamentales como:

1) Prescendencia del elemento musical: en sus poemas no hay la magia del ritmo y la rima;

2) Afán de síntesis. Esta fue una de las causas del desconcierto que su obra produjo; para lograr esa condición sintética de su poesía suprime los nexos lógicos del discurso; sus estados anímicos están reflejados directamente sin tonalidades de medias tintas.

Ejemplo:

**Pan deja cuerno y flauta
ahitado de carne...
Juan escribe el Apocalipsis...
Melancolía...**

3) Afán por lograr la “poesía pura”, lo que se observa por el deseo de expresar directamente lo poético:

**Abren un chorro de agua;
un criado pasa, canta;
así mi alma desagua
su amor por mi garganta.**

Tiene otras características como —por ejemplo—, la constante presencia de onirismo; además, según Moisés

Vincenzi, él es quien “por primera vez plantea en Costa Rica el problema del subjetivismo trascendente en poesía” (3).

Su libro “Huellas” es denso y tiene un entremezclar de prosa y poesía; por la característica de expresar en él sus estados anímicos que lo conducen al misticismo es un poco pesado “como un tanque inglés”. Vincenzi le hizo a su lenguaje poético algunos reparos que consideramos justos; Estrada los acogió con honradez y en su libro “Viajes Sentimentales”, poemario en el que cuenta sus emociones que lo mueven a visitar su pueblo natal, el viaje, la llegada a San Ramón y su estadía “es ya más claro y comprensible pero sin llegar a ser fácil”. Vale la pena anotar que en el poemita Atardecer, del segundo libro, presta todavía mayor atención al silencio y al simbolismo espiritual que a la sonoridad y a la imagen visual. En sus “Canciones y Ensayos” donde, según palabras textuales, “lo preocupa enormemente el pasado en medio de su modernismo”, hay una mayor destreza rítmica, pero sin mucha concesión. Si no hubiera puesto voluntariamente fin a su vida habría llegado a ser un excelente poeta; suficiente razones abonaban tal esperanza.

Además este autor es un terruñero y como un hábito de cosas vernáculas, de la campiña, de los animales, de las faenas y estampas de la vida que pasa, y armonizándola con sus poemas místicos nos da la sensación de una encantadora naturaleza sentida. Poemas como Levantate, Carmencita; Amor; La Voz del Pampero; Los Garzones y Atardecer pueden ser paradigmáticas de todo esto.

Antes de finalizar, una recomendación a los lectores. Vale la pena que los lectores no se atengan mucho a lo que dicen los críticos o publicistas o profesores y comprueben en los textos directamente si existe o no existe lo que se dice. Azorín desea que la Litteratura se convierta en “cosa de actualidad” y no cosa muerta y sin alma”, es decir en “un valor dinámico, no estático”. Vale la pena buscar las obras y releerlas. En el caso de Estrada ya nuestro poeta está casi olvidado; hay mucha incuria alrededor suyo: sus libros se agotaron y no se han vuelto a reeditar aunque figura constantemente en casi todas las antologías de la poesía costarricense y aunque ha sido traducido. Si continuamos así, muchos valores se perderán sepultados y serán conocidos únicamente por los eruditos y ésto no es lo justo. Nos une con sus obras no una deuda moral si-

no el deleite, y perderlo si que sería un crimen. Recordemos a Keats, al Keats pensador que dijo: “no renunciemos a ningún objeto de belleza engendradora de goces”. Este es un llamamiento para que los jóvenes no se queden indiferentes, no permanezcan atónitos o amodorrados y busquen las obras poéticas porque en ellas encontrarán, como en otras cosas, emociones generadoras de goces. Rafael Estrada se las proporcionará.

(1) ESTRADA, Rafael. De la farándula diaria. En: “Diario del Comercio”, San José, Costa Rica, Año 4, N° 1067, p. 5. Viernes 4 de abril de 1924.

ESTRADA, Rafael. Del libro La sonrisa del sendero. En: “La Tribuna”, San José, Costa Rica, Año 4, N° 1206, p. 6. Jueves 10 de abril de 1924.

ESTRADA, Rafael. Se menosprecian versos de Juan Ramón Jiménez, pensando que son de Estrada. En: “La Tribuna”, San José, Costa Rica, Año 4, N° 1224, p. 7. Martes 6 de mayo de 1924.

FERRERO ACOSTA, Luis. Un pasaje curioso en la historia literaria de Costa Rica: una vez se menospreciaron poemas de Juan Ramón Jiménez creyéndolos de Rafael Estrada. En: “Litterae. Turin, Italia, Año 1, N° 3-4, p. 15-29. Junio-julio de 1957.

(Textos en español e italiano; se incluyen y traducen

LIBRERIA ANTONIO LEHMANN

en su DEPARTAMENTO ESPECIALIZADO

ofrece:

LIBROS DE CIENCIAS

— ARTES — NOVELAS

RELIGIOSOS y de MUSICA

PIDA NUESTRAS LISTAS Y FOLLETOS.

Comentarios a la Moda

Por José Pacheco

"Moda es lo que pasa" — (Benavente).

Viendo desfilan a tantas lindas muchachas, que, ajustándose a los mandatos de la última moda, llevan cubiertos sus cuerpos airosos con esas túnicas modernas, que lejos de seguir las sugerentes curvas de las caderas, bajan rectas desde los hombros hasta la media pierna, no hemos podido dejar de pensar, si realmente esa novedosa indumentaria, que en lenguaje galo llaman "chemise", las hace verse más lindas o más feas.

Si esa moda de verdad embellece a las mujeres, ¿por qué habiendo ya sido usada en épocas anteriores, tan rápidamente cayó en el olvido? ¿Y por qué razón las mismas personas que hoy la aceptan sin titubear, hace pocas semanas se burlaban de ella, cuando la veían reproducida en los retratos de las elegantes de hace treinta años?

Si por el contrario la tal "chemise", lejos de embellecer, es una especie de corti-

naje disforme que oculta o desfigura buena parte de los altos y bajos del cuerpo femenino que tanto nos hacen soñar, gozar y sufrir, ¿por qué nuestras miradas hoy, siguen con preferencia a aquellas mujeres que pasan embutidas dentro de una de esas modernas camisas sueltas, que lo único que decididamente exaltan, o por lo menos no cubren del todo son las asentaderas de sus dueñas?

En su eterno afán de lla-

mar la atención y atraer a los hombres, en forma consciente o instintiva, buscando el modo de reforzar o suplir el valor de sus dotes auténticas, las mujeres siempre han recurrido a dos artificios, que no por viejos y explotados, han llegado a perder su poder original.

El primero de los recursos a que aludimos es el de mostrarse un tanto esquivas, fingiendo siempre no tomar en cuenta y hasta rechazar, a

poemas de Rafael Estrada).

(2) VINCENZI PACHECO, Moisés. **Léxico estético**. En: "Huellas", por Rafael Estrada. San José, Costa Rica, Ediciones Popol Vuh, 1925. p. 6-10.

(3) VINCENZI PACHECO, Moisés, op. cit.

POEMARIOS DE RAFAEL ESTRADA

CANCIONES Y ENSAYOS.— San José, Costa Rica. "Imprenta Alsina", 1929. 75 p. 24 cm. (Ediciones del Convivio).

HUELLAS.— Prólogo de Moisés Vincenzi. San José, Costa Rica. "Editorial Borrásé", 1923. 175 p. ilustr. 23 cm. (Ediciones Popol Vuh).

VIAJES SENTIMENTALES.— Pról. de Carlos Luis Sáenz. San José, Costa Rica, "Impr. Trejos". 1924. 40 p. 20 cm. (Centro Intelectual Editor).

BIBLIOGRAFIA MINIMA SOBRE RAFAEL ESTRADA

AVELINO, Andrés. **Juicio sobre Rafael Estrada**. En: "La Noticia", San José, Costa Rica, Año 3, N° 605, p. 2. Jueves 11 de setiembre de 1924.

AVELINO, Andrés. **Pequeña antología postumista**. Sto. Domingo, Rep. Dominicana, (s.

p. i.) 1924.

BONILLA, Abelardo. **Historia y antología de la literatura costarricense**. San José, Costa Rica, Editorial Universitaria, 1957. Tomo I, p. 222-225.

CHACON Y CALVO, José María. **Juicios de algunas personalidades de América sobre la estética de Rafael Estrada**. En: "La Nueva Prensa", San José, Costa Rica, Año 5, N° 1334, p. 6. Martes 12 de enero de 1926.

GARNIER, José Fabio. **Un noble poeta ido...** En: "Además..." N° 64. Suplemento literario de "La República", San José, Costa Rica, Año 3, N° 847. Sábado 5 de setiembre de 1953.

GONZALEZ MARTINEZ, Enrique. **Juicios de algunas personalidades de América sobre la estética de Rafael Estrada**. En: "La Nueva Prensa", San José, Costa Rica, Año 5, N° 1334, p. 6. Martes 12 de enero de 1926.

HENRIQUEZ Y CARVAJAL, Federico. **Una carta de Federico Henríquez y Carvajal a Rafael Estrada**. En: "Patria" Santo Domingo, Rep. Dominicana, 19 de junio de 1926.

JARNES, Benjamín. **Dos libros, dos autores**. En: "Repertorio

Americano", San José, Costa Rica. Tomo 19, N° 11, p. 172. Sábado 21 de setiembre de 1929.

JIMENEZ HUETE, Max. **Canciones y ensayos, por Rafael Estrada**. En: "Repertorio Americano". San José, Costa Rica, Tomo 18, N° 5, p. 75. Sábado 2 de febrero de 1929.

JIMENEZ HUETE, Max. **El compañero Rafael Estrada**. En: "Repertorio Americano", Tomo 28, N° 4, p. 61. Sábado 27 de enero de 1934.

MISTRAL, Gabriela. **Comentario sobre la obra de Rafael Estrada**. En: "Sobre los estudios estéticos", por Rafael Estrada, San José, Costa Rica, Imprenta Alsina, 1926.

ONIS, Federico de. **Opinión sobre la poesía de Rafael Estrada**. En: "España en América", por Federico de Onís. Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1955. p. 267.

ONIS, Federico de. **Rafael Estrada**. En: "Antología de la poesía iberoamericana". Notas, prólogo y selección de Federico de Onís, Madrid. Ediciones de la Casa del Estudiante, 1934.

SAENZ ELIZONDO, Carlos Luis. **Carta a Rafael Estrada**. En: "Viajes Sentimentales", por

Rafael Estrada. San José, Costa Rica, Imprenta Trejos Hermanos, 1924.

SAENZ ELIZONDO, Carlos Luis. **Las noches de Rafael Estrada Carvajal**. En: BRECHA, San José, Costa Rica, Año 1, N° 4, p. 11. Diciembre de 1956.

SOTELA, Rogelio. **Rafael Estrada**. En: "Spartí", San José, Costa Rica. Tomo 1, N° 2, p. 39. Octubre de 1921.

URIBE, Eduardo. **Rafael Estrada**. En: "Repertorio Americano", San José, Costa Rica, Tomo 29, N° 1, p. 15. Sábado 7 de julio de 1934.

VALLE, Rafael Heliodoro. **"Huellas", por Rafael Estrada**. En: "El Hogar", México, D. F. 10 de abril de 1924.

VILLALOBOS, José Francisco. **En torno a Rafael Estrada**. En su: "Crítica Americana". San José, Costa Rica, Imprenta "La Tribuna", 1929, p. 19-28.

VARGAS VILLALTA, Ma. Julia. **Rafael Estrada: vida y obra**. Tesis de grado para optar la Licenciatura en Filosofía y Letras de la Universidad de Costa Rica, 1957. Manuscrito en la Biblioteca Universitaria.

quienes ellas están deseando que las llamen o las persigan.

La otra estratagema, que es de una grandísima efectividad cuando se trata de llamar la atención, consiste en presentarse abusando de la originalidad, sin temor de llegar a extremos de verdadera extravagancia.

Para los hombres, que por un incomprensible desconocimiento de su propia idiosincrasia, exigen sumisión a sus novias y esposas, pidiéndoles que no usen vestidos muy estrafalarios, nada los exalta y atrae tanto, como las mujeres que no los obedecen y las que se pasean por los lugares públicos con la cara pintada de variados colorines y vestidas en forma llamativa, ataviadas con plumas, cintas y colgajos.

La desobediencia femenina aviva los sentimientos del conquistador masculino y la profusión de adornos o las variantes ridiculeces de la moda, atraen, sin remedio, las miradas y la atención de los hombres.

Dentro de unos días algún vendedor de trapos o un modista, de esos que hablan en falsete, le añadirá o cortará algún pedazo a la "chemise" y las mujeres, un tanto sin imaginación, pero con mucho instinto, copiarán el nuevo modelo así creado, sin importarles poco o mucho, razón alguna de estética o comodidad. Ellas saben, y eso buscan, que las primeras que salen a la calle con algo nuevo o renovado, son las que más miradas atraen y más comentarios provocan.

El poderío de las mujeres no reside exactamente en su cabellera, como dicen que le sucedía al infortunado personaje bíblico. Ellas saben perfectamente cuáles son las zonas alrededor de las cuales es necesario llamar la atención para dominar a los hombres, y guiadas, más por su coquetería que por su pudor, las cubren y destapan con calculada habilidad.

En un tiempo las faldas largas, los refajos almidonados y los tontillos rígidos cubrían

totalmente la mitad inferior del cuerpo femenino, pero los escotes eran exageradamente grandes; cuando comenzó a cubrirse el pecho, se inició la exhibición de las piernas.

Resulta que ahora, con la camisa suelta, sin escote ni cintura, la táctica ha sido diferente. Nada se ciñe, nada se muestra desnudo, pero se ha ido hacia una supresión total de las prendas interiores, permitiendo de esa manera, además de turbadoras transparencias, que al sólo golpe del viento o los vaivenes del baile o el andar, emerjan por aquí y por allá todas esas curvas temblorosas, sobre las cuales la túnica moderna aparentemente había dejado caer su cortinaje ocultador.

Los filósofos dirán si de verdad existe la belleza o si ella no pasa de ser una idealidad variable y engañosa. Los técnicos a su vez habrán de establecer cuáles zapatos, peinados y vestido se ajustan mejor a las conveniencias de la fisiología, anatomía e hi-

giene femeninas. Todo ello será muy interesante y acaso los estudios de unos y otros puedan servir para idear los vestidos de las niñas menores de dos años y de las viejas mayores de setenta.

A las otras mujeres, a aquellas que comprenden que no se ha descubierto ni inventado nada que dé más placer y que tonifique más el cuerpo y el pensamiento que una aventura amorosa, que no les cuenten de comodidades, ni pretendan explicarles cuáles combinaciones de colores producen menor cansancio en los ojos de quienes las miran.

Sin atreverse a confesarlo con claridad, sabiendo perfectamente lo que buscan y lo que desean, las mujeres siempre seguirán entusiasmadas los mandatos de la moda más reciente. Ellas comprenden la importancia de llamar la atención y saben que para conseguirlo nada es mejor que una originalidad y hasta una locura a tiempo.

Compañía Bananera de Costa Rica

Agentes: UNITED FRUIT COMPANY

GRAN FLOTA BLANCA

Para informes referentes a asuntos de pasajes y fletes, favor dirigirse a nuestras oficinas situadas 100 vs. al Norte del Hotel Oriental

TELEFONOS: 3156 - 5302

Reflexiones sobre la Muerte

Por Alejandro Aguilar Machado

A la nobilísima dama doña Anita Gené de Vargas Coto, madre y amiga ejemplar, con el mayor respeto.

A. Aguilar Machado.

"Lo más bello y más grande de la experimentación es la comunicación con el mundo superior; y ésta no la logra el más sabio sino el más digno, el mejor, el que tiene más paciencia, más conciencia, más moralidad".

Denis.

En la perspectiva vital de nuestro ser, ningún problema reviste mayor trascendencia ni inquieta tanto como el de la muerte. Sorprende pensar que siendo ello así, el mayor esfuerzo de las tendencias filosóficas de todos los tiempos, hase encaminado a la interpretación de los diversos ritmos de la vida. Esta actitud se adapta, sin duda, a las aspiraciones del nivel común del género humano, que corresponden, por el efecto mismo de sus instintivas reacciones al estado de la niñez o, en el mejor de los casos, a la dimensión dentro de la cual se desenvuelven los procesos de la adolescencia.

Sabemos todos que las etapas juveniles de nuestro vivir, aparecen cargadas de múltiples impulsos optimistas o de una visible euforia, condiciones que nos llevan a separar de nuestra más íntima naturaleza, cuanto tenga contornos negativos. Ello explica la firmeza con que las generaciones mozas pretenden imponer todos sus proyectos. Tendencia, por lo demás, necesaria en la dinámica del proceso histórico para compensar ciertos desajustes inevitables en una dimensión en que, como acontece con la vida, lo sorpresivo y lo imprevisible, llevan ventajas ante aquellos factores de mero carácter racional.

La prueba de la muerte es, sin duda, la más dramática y sugerente que pueda afrontar el hombre. Jamás logrará borrarse de nuestros recuerdos, el de aquel momento en que vimos de niños, apagarse la vida del pajarito cuyos arpeggios melódicos ha la g a ron

nuestros oídos ni el del instante en que cayó muerto a nuestros pies el perro noble que vino a compartir con nosotros, sin regateos ni mezquinas conveniencias, muchas horas de alegría. Pero, cuando la muerte nos ofrece la más trágica de las experiencias, arrebatándonos a un ser querido, el familiar cercano o el amigo entrañable, las reflexiones acuden presurosas al espíritu conturbado, y por su medio, del ser superficial que hasta ahí fuéramos, comienza a surgir, como el rayo luminoso entre las tinieblas, un nuevo ser más profundo y de angustia. Este es el momento creador en el que, con la madurez psicológica, adviene en el destino nuestro la espontánea aptitud metafísica, que nos exige responder a aquellas inquietantes preguntas, que hasta ese momento dormían en los pliegues del alma: ¿de dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos?

Toffanin piensa que Erasmo de Rotterdam, es el evangelista europeo del humanismo. Conviene no olvidar las palabras con que el gran divulgador de Petrarca y de Valla, reafirma el clásico concepto de "humanitas", cuando el calor de la polémica y los mismos avances de la cultura, iniciaban el proceso de desintegración de no pocas categorías clásicas del pensamiento.

Erasmo declara: "Yo soy filósofo a la manera de aquel Sócrates ateniense, que llevó la filosofía de la contemplación de las cosas naturales al centro de la vida de los hombres". Y en carta que dirige al Arzobispo de Palermo, el humanista mencionado, agre-

ga: "Sin embargo, apenas un hombre sabio se da cuenta de que toda la vida del hombre se iba en tales estudios (se refiere a los naturales) de aquello que más íntimamente nos pertenece, se retrajo de la contemplación de las cosas naturales a la contemplación de la muerte". He aquí cómo este problema del fin de nuestra existencia acució a los humanistas, quienes no lejos del ocaso del Renacimiento, batallaron todavía por elevar el pendón de la "docta pietas", amenazada ya por las urgencias prácticas de la vida.

El Cusano y muchos de los que se preparaban con los Hermanos de la vida común, aceptaron el culto de los primeros sabios, "como luces clarísimas y castísimas portadoras de la efigie del mundo espiritual e incorruptible". En esta forma pretendíase mantener la unidad del logos, admirable consorcio de razón y de virtud con el que, como ánora de salvación, la antigüedad pagana, pasó sin rozar apenas, cerca de las sirtes de la ignorancia y del escepticismo.

En todas las épocas y en las fases todas de la marcha histórica, el tremendo espectáculo de la muerte, el más desconcertante de cuantos nos es dable contemplar, abre campo a las más contradictorias teorías.

La encrucijada en que nos coloca el único problema que no podemos eludir, el que afecta por igual a grandes y chicos, a poderosos y desvalidos; el que motiva esa paradoja descarnada y a veces agresiva, de querer ser, pero con

la apetencia de eternidad, a que se refiere Unamuno, y saber, no obstante, que algún día debemos morir, aquel problema, justifica la presencia de las religiones, y el alimento espiritual con que ellas están solícitas a calmar el hambre de vida eterna en el misero peregrino de la selva oscura del mundo. Por desconocer esas realidades, se han puesto al margen de la vida aquellos sistemas sociales que proscriben las religiones en el área de la sociedad, y faltan a las leyes de esa misma vida, los gobernantes que destruyen los templos o cierran los santuarios. Ninguna de esas medidas artificiales e ilógicas logrará jamás acallar la apetencia de eternidad ni el anhelo de infinito, que brota como undosa corriente vital, desde las entrañas mismas de nuestra naturaleza.

Robespierre y Stalin, pugnarón por alterar en los pueblos que hubieron de soportar su inmisericorde absolutismo, el concepto del misterioso más allá, con categorías de orden racionalista y material; pero, pasado el estupor que se me j a n t e transformación trajo consigo, el hombre mismo, hubo de cargar de esencias irracionales los nuevos símbolos adoptados por los regímenes regresivos. Y sobre la diosa razón o sobre la hoz y el martillo, se insufló un sople de eternidad! Con esto queda explicado que nadie, por autoritario o potente que sea, puede ahogar los impulsos espirituales del ser; apenas si alcanza a trocar un ritmo místico positivo por uno menos positivo o negativo del todo. El caso de Rusia es un ejemplo innegable de tal fenómeno colectivo. Bien supo Petrarca interpretar la angustia que gravita sobre toda la humanidad en aquella canción recogida en el lenguaje poético suyo: "Mirad, Señor, cómo el tiempo vuela y cómo la vida huye; la muerte está sobre las espaldas". Las primeras impresiones que casi todos recibimos al penetrar en la alcoba donde se guardan nuestros más caros recuerdos, nos las proporcionan los retratos de nuestros amados antepasados o la colección que forman los que tomamos en

épocas ya lejanas de nuestra vida. Unos y otros son testimonios mudos, pero efectivos del proceso inexorable de la muerte.

Los primeros, porque los seres que representan dejaron ha tiempo de existir; los otros, por cuanto aquellas fotografías de los años pretéritos al no corresponder a nuestra presente realidad, sólo exponen épocas que fueron, es decir, muertas ya, convertidas en adusto pasado en el incesante correr de la vida.

Nuestra vida, pues, hasta en el refugio de la propia intimidad, está rodeada por la muerte. Desconcertante es ese hecho, salvo que se piense en la muerte que es vida, según el elevado concepto del Obispo de Hipona.

En la naturaleza misma, al lado del germen que brota, henchido de poderes creadores, está el fruto que se madura, se pudre y desintegra, cumplido que sea su destino singular.

¡Vida y Muerte! Movimiento que no se interrumpe; rueda que incesantemente gira, hoy mostrando el lado que apunta hacia las auroras y mañana el que conduce a los ocasos.

Y en medio de posiciones tan contrarias, en el punto en donde el cambio debe producirse, el brotar de nuevas estructuras, tal como si aquí mismo, en esta renovada morfología de la existencia, se encontrase el lenguaje misterioso del espíritu.

La contextura material nuestra, el círculo de afectos que nos rodea y los intereses que se van adquiriendo a medida que intensificamos la acción en el mundo, todo ello nos vincula tan hondamente al momento histórico en el cual cumplimos un destino temporal, que la muerte sobreviene como si fuese la más flagrante violación de las leyes naturales. Pero, ¿acaso no nacimos para morir, y quizá para renacer después? Esto, mejor que nosotros, lo comprenden los pueblos orientales, lo que explica que para ellos el proceso de la muerte

cobre acentos de ternura y resignación, que suelen ser apenas excepcionales entre las gentes de occidente. ¿Será que en aquella legendaria zona del mundo, lo agresivo y peligroso de la naturaleza geográfica habitúa al morador a contemplar el espectáculo de la muerte como cosa natural y corriente, o será que las religiones tradicionales de esos pueblos les llevan, con más facilidad que lo puede hacer nuestra peculiar cultura, a mirar como suceso natural, espontáneo, propio de las leyes comunes de la vida, el problema pavoroso para nosotros de la muerte?

Pensamos que allá en Oriente, las dos circunstancias señaladas parecen conjugarse y dar de sí una mentalidad más comprensiva o más resignada en presencia del último paso de nuestra vida temporal, el de no ser que, como lo piensa Heidegger, sirve para acabar el ser. Trátase de la experiencia final en este plano físico, de la última experiencia que, por serlo, está rodeada de inusitada majestad y de dramatismo incomparable. Es evidente que el problema de la muerte debe ser afrontado en función del problema de la vida. Ambos forman una unidad indestructible, y se integran mutuamente, abriendo el primero un destino en el ámbito de la temporalidad y cerrándolo, el otro.

Nicolás Berdiaev piensa que toda la problemática filosófica debe organizarse desde el hombre; y tal problemática, agregamos, ha de tener un punto de iniciación y otro final, para señalar así en el mundo, los límites propios de semejante proceso evolutivo. Si las modernas corrientes filosóficas han conseguido depurar muchos conceptos sobre la vida, al concentrar el análisis en el hombre y sus circunstancias, el problema de la muerte, que tan radicales cambios significa para la misma vida, ocasionando, además, perturbaciones en cuantos directa o indirectamente sufren sus consecuencias, debe ser estudiado con valor, con entereza, a la luz de un análogo enfoque.

Al extender nuestras mira-

das por los vestigios de las pretéritas culturas y cuando contemplamos los restos, convertidos en verdaderas momias de los santos o de los pontifices, un torrente de reflexiones va surgiendo desde el más reservado refugio del alma. Si lo contemplado forma parte del mismo estilo de vida a que pertenecemos, si conmueve con su presencia alguna de las fibras del alma, sin duda ello da lugar a que experimentemos una indescriptible emoción. Pero, si tratándose de casos como el de la momia de los faroles, lo observado está muy lejos de nuestras formas de pensamiento o de nuestra realidad vital de ahora, aquellos restos apenas suscitan un afán de mera curiosidad, incapaz de llevarnos siquiera a las reflexiones de Hamlet. ¿Por qué el contacto respetuoso, sugerente de acento hondamente emotivo, va perdiéndose ante los despojos humanos, a medida que el tiempo y la distancia histórica nos separan de ellos? Aquí se podría encontrar un síntoma que pone en evidencia la subconsciente noción que abrigamos de lo fugaz de cuanto apenas sea materia, así corresponda ésta a la envoltura física humana, el Templo del Espíritu Santo para el Apóstol de los gentiles. Dijérase que cuando la estructura de ese templo, se ha convertido en objeto de la etnografía o del museo, no sentimos allí la presencia de lo trascendental ni de lo eterno, no obstante que el ejemplar que se analiza jamás podría compararse con el friso medio derruido o la columna dislocada por la acción del tiempo.

Aquellos restos humanos, momia de Ramsés o de Montalvo, esqueleto del conquistador Pizarro o de San Carlos Borromeo, hubieron de ser en la época de la vida terrenal de las personalidades mencionadas, el centro de muchos afectos o de múltiples odios u oposiciones, en fin, la parte material, tangible, de un auténtico y singular ente vital,

núcleo coordinador de las innumerables acciones y reacciones con las cuales fórmase el tejido maravilloso que, como un peplo inigualable, cubre la existencia y el destino temporal de cada ser humano.

Cogita tío mortis, pensamiento de la muerte, esto es para Petrarca la Filosofía. Hasta el presente hecho la filosofía de la vida, y seguimos soslayando la de la muerte, que debe complementar a aquélla. Sólo en la integración de ambas, se alcanzará una noción cabal del ser; de nuestra más entrañable naturaleza. Y en el conocimiento de esa misma integración no fuera extraordinario encontrar la armonía que tanto se echa de menos hoy, entre las clásicas filosofías del ser y las contemporáneas del existir.

Conviene no olvidar que el triunfo del cristianismo y su total consolidación, hubo de acontecer cuando el Maestro, después de su muerte en el Calvario, apareció en las diversas oportunidades, que se indican en la Primera Epístola de Pablo a los Corintios. Esa gloriosa resurrección fue la que derribó los muros del soberbio Imperio Romano; y alentó a los cristianos hasta ofrendar en holocausto su vida, sin una queja siquiera y con celestes resplandores en las miradas. Esa resurrección elevó el canto de la vida sobre el cuadro sombrío de la muerte, y convirtió un simple instrumento de tortura y expiación como la Cruz, en el más noble símbolo de esperanza. Por ello pudo Pablo lanzar esta frase afirmativa: **"Soberbia es la muerte con victoria"**. Y para adelantar más en la marcha de los tiempos, y ya acercándonos a nuestros propios ritmos de cultura, bien podemos acogernos al criterio de Montaigne, quien de acuerdo con Cicerón ha dicho: **"Filosofar es aprender a morir"**.

(Ediciones "Repertorio Americano").



Algo sobre Matías

(CUENTO)

Por Gerardo Fernández Durán

"Mais elle était du monde, où les plus belles choses
Ont le pire destin.
Et rose, elle a vécu ce que vivent les roses:
L'espace d'un matin".

(François de Malherbe).

—¿Que cómo la conocí?— me dijo Matías sonriendo. (Yo nunca olvidaré su sonrisa, si así puede llamarse. Era bondadosa y sobre ella pesaba un agravedad íntima y honda, como una gravedad de siglos. Sus labios apenas se plegaban. Casi sonreía con los ojos. Pero al hacerlo, un hondo surco prolongaba el ojo. Era un pequeño surco hacia el mundo, hacia lo sordo y mudo de las cosas, que salía del ojo expresivo como si el rostro por efecto de la sonrisa despertara en el alma algo antiguo y desesperanzado que desembocara entonces inútilmente hacia lo estéril).

—Fue como un cuento— siguió. ¿Te acuerdas de aquellos días en que andaba solo, como buscando algo perdido? Entonces me alejé mucho de vosotros, mis amigos. No habría podido explicaros lo que me pasaba. Pero "después" fue diferente: ahora lo tengo ya, y vosotros todos cabéis en mi alegría y mi pertenencia:

—Andaba una tarde por las afueras de la ciudad, junto al parque sombrío que hay hacia el norte. Recuerdo que caía una lluvia menuda y que el aire estaba helado. No sé si has visto una vieja casa de piedra sobre un alto muro que hace un gran ángulo en la calle y entra como una punta en el extremo del bosque.

—Me había detenido junto al muro y ahí estaba inmóvil, mirando caer la tarde entre los árboles. Todo estaba quieto: una brisa suave venía desde abajo y alzaba un sordo rumor entre las hojas. Las gotas de lluvia golpeaban so-

bre las hojas secas, los grillos comenzaban a llenar el ambiente y los últimos pájaros acababan de callar.

—De pronto oí las notas de un violín. Rompió el silencio con unos acordes y luego cantó una melodía ingenua y sencilla, pero el silencio le rodeaba como una vasta noche y el pobre canto parecía desnudo y aterido en medio del silencio. Entonces le respondió un piano, mientras le esperaba el violín en modulaciones cambiantes. Después cantaron juntos: eran preguntas y respuestas, un resonar del uno en la canción del otro, pero todo quedaba siempre abierto. Parecían buscar un camino, se alzaban el uno sobre el otro y detrás de ellos, siempre, se diría asomar el caos.

—Ahora el piano se esforzaba en un impulso de voluntad infinita, y le animaba el violín como un pájaro mágico. Entonces el piano se detenía, tal como si golpeará contra el destino, y el violín volvía a cantar en los registros altos su canción de esperanza. Súbitamente el piano acentuó sus golpes y el violín comenzó a sollozar, y en ese punto sucedió un milagro: cuando todo parecía perdido inició el piano, muy bajo, un camino ascendente. La gracia parecía haber caído sobre él. Preguntaba el violín, y el piano seguía su marcha como llamándole a su lado: "¡Adelante, no temas, deja tu casa y sígueme!"

—Era un tema solemne cuyos pasos graves se fueron afirmando, y el piano se hundió resueltamente en su ruta. No predicaba, su marcha predicaba por él: "¡Ah ven, no

temas, más allá de la noche le encontraremos! La música, tan firme ahora, era un gran río en que los dos instrumentos cantaban. Y con los ojos cerrados se diría que avanzaba en medio de la noche, en medio de la hostilidad y la muerte, en círculos crecientes. Y en la frialdad del mundo el alma que cantaba en esa música buscaba a su Dios, y toda la humanidad parecía redimirse en ella, y ella sangraba en su camino porque era la esperanza, pero no había esperanza para ella.

—Al fin cesó la música. Yo seguía inmóvil y silencioso contra el muro. Un rato después oí pasos que venían desde el jardín en lo alto y bajaban las gradas de piedra hacia el portón de hierro que estaba cerca de mí. Se abrió la verja y un hombre apareció con un violín debajo del brazo. Al salir resbaló en la acera húmeda y estuvo a punto de caer, pero una mujer muy joven vino en su ayuda y le cogió del brazo. Se despidieron, y en ese momento la mirada de la joven se cruzó con la mía.

—Era muy bella, casi podría decirse que demasiado bella para existir entre nosotros: su belleza era como el reflejo de un astro muy lejano. Entró ella de nuevo y el hombre echó a andar viniendo hacia el sitio en que yo estaba. Cuando pasó a mi lado vi otra cosa sorprendente:

—Tenía un rostro inolvidable, cruzado de arrugas, de vejez inmemorial. Su cabello era completamente blanco y cuando te miraban sus ojos podías sentir como si alguien muy sabio, bondadoso y no-

ble, te contemplara desde más allá del tiempo. Los grandes arcángeles deben de mirar así. Y eso en realidad fue lo que pensé entonces: que un arcángel pasó a mi lado y que en su rastro quedaba una atmósfera limpia e impenetrable que acariciaba mi corazón.

—Volvi muchas veces, a la misma hora, pero nunca pude escuchar la música de nuevo. La casa estaba silenciosa como si nadie la habitara, y tu podías oír cuando había viento fuerte que el aire silbaba por las ventanas y resonaba muy hondo en el interior de la mansión.

—Casi estaba resignado a la idea de que los moradores se habían ido y el edificio todo estaba en abandono, pero siempre volvía a aquel lugar porque algo irresistible me arrastraba hacia ahí. Debía, por una vez al menos, ver de nuevo a aquella muchacha y contemplarla como la tarde de la música, para no creer que todo había sido un sueño y que la escena aquella no fue sino un engaño de mi fantasía y de mi anhelo.

—Un día por fin entré. Subí la escalera de piedra hasta el jardín y hallé que la puerta estaba abierta. Recuerdo que al acercarme a la casa me pareció que su ambiente quieto y puro tenía algo de aquella mirada de los ojos del viejo. Estaba adornada en forma muy antigua y agradable. Los muebles, usados por mucho tiempo, estaban de tal manera dispuestos que se diría que los moradores acababan de levantarse de alguna reunión amena y se encontraban muy cerca, en la inmediata habitación tal vez.

—Llegué a un pequeño cuarto en el ala derecha de la casa, en que la luz entraba a torrentes por una alta ventana que llegaba hasta el suelo. Sentada ahí en medio del cuarto, ante el piano, estaba ella y toda la luz caía sobre su cuerpo y resplandecía en sus cabellos. Como se disponía a tocar me detuve silenciosamente en la puerta para no interrumpirla, pero ella advirtió mi presencia y se volvió sin asombro alguno, dulcemente.

—¿Tú estabas allí en el muro la otra tarde, verdad? ¿La tarde en que tocamos la sonata? Sabíamos que alguien muy solitario nos acompañaba desde afuera. La puerta estaba abierta: nada te impedía entrar y quedarte con nosotros. Al pasar te vió el maestro y me dijo que no te habías atrevido a hablarle. Y te digo de cierto, que te habría hecho un gran bien conocerle.

—¿Ha muerto?—pregunté.
—Se ha ido—me dijo. —Y quiso hablarte primero, pero ¿por qué, por qué callaste?—

—No le ví desde entonces —contesté—sólo aquella tarde, y no sabes cómo, inexplicablemente, tenía necesidad de verle.

—El sí pudo verte: tú viniste muchas veces, pero no sabías esperar.

—¿Por qué no me habló entonces? ¿Cómo iba a hacerlo yo? ¡Oh, si supieras cuánto necesitaba de vuestra compañía!

—Aun si te dijera por qué, si pudiera decírtelo, no lo entenderías. ¡Es tan viejo! Sus palabras son como figuras vivas que se adentran en ti. ¿Sabes? El es como un arcángel, y los arcángeles nunca hablarán a menos que tú mismo te acerques a ellos como a un templo con las puertas abiertas.

¡Qué cierto es lo que has dicho! —le interrumpí—. Cuando pasó a mí lado aquella tarde, sentí como si un arcángel hubiera pasado junto a mí. Me miró sólo un instante y me hizo un bien infinito. Y detrás de él quedó como una gran estela blanca y acariciadora que me hace feliz todavía. Sí, él es como un arcángel, o como deben de ser los arcángeles. Pero tú le llamaste así. ¿Por qué?.

Casi temerosa me miró entonces. —Tú lo has dicho—contestó: —Porque así han de ser los arcángeles.

—Y tú—agregué: ¡tú también eres tan buena, tan parecida a los ángeles! Te ruego, déjame hablar, porque no sabes lo mucho que he calla-

do. Por mis labios pasaron siempre palabras huecas que resonaban en un mundo también hueco. Cuando te ví aquella tarde, cuando sostenías a tu maestro, te dije silenciosamente "alma mía", y por primera vez mis palabras parecieron vivas, como cosas, como dices que son las palabras del viejo. Sentí que había a mis espaldas una infinita noche de inexistencia y frío desde la cual me debatí dolorosamente para venir a este mundo. Y dentro de este mundo la noche siguió viviendo en mí hasta que pude verte.

Cerró los ojos y con un gesto me pidió que callara.

—Déjame, una palabra más tan sólo—dije. —Te hablaba de la noche. Me angustiaba hasta la muerte sentir que pasaría como un astro errante y me hundiría después, tan ciego como antes, en la inexistencia otra vez. Mi noche se puso sobre el mundo, y el mundo angustió mi alma y la llenó de muerte y la salpicó de horribles cosas bajas. Después te ví y todo fue diferente. Y ahora podría morir en paz porque tú existes y te he visto.

—¿Pero tú no sabes, las cosas caen a su fin!—dijo llena de terror. —¡Ay, el viejo te podría haber respondido mejor que yo! El quiso aquella vez que oyeras el paso del héroe por la noche para que pudieras entonces seguir su andar sin esperanza bajo el peso de su cruz. Sí, tú habrás de morir un día. ¡Y no sabes lo extraño que es hablar ahora de la muerte! Pero un día hallarás la paz, un día no se dónde, como habré de hallarla yo. Y ahora, que has venido, ¿verdad que parece que una larga ausencia hubiera terminado?

El rostro noble de Matias estaba grave. Hablaba con una profunda seriedad. Innumerables surcos habían aparecido de pronto en su cara.

—Desde entonces no me aparté de su lado—terminó. Vernos era una felicidad infinita. Eramos como una es-

fera de oro, cerrada y perfecta.

—Y de pronto vino esto. Ya sabes: han dicho que yo estaba enfermo y terminaron por traerme aquí, entre esta gente solícita y amable con la que nunca puedo entenderme. Y a través de estos muros la he llamado, y ella me responde aunque sin poder acudir a mí porque sus pies están como atados a aquel sitio. Languidezco y me consumo aquí, como un perro enjaulado. A veces siento que algo como un río corre entre los dos. El río crece, de pronto va a anegarlo todo. En la otra ribera ella me extiende los brazos, pero el río se hincha y su figura y su voz se pierden. ¡Son temores, temores! Pero la enfermedad, el mal, es estar separado de ella. ¡Y tú, que puedes librarme de todo esto, tú, amigo mío, tú debes llevarme de aquí!

...



Calidad Superior...

desde hace muchos años le brinda a usted

IMPERIAL

LA MEJOR CERVEZA QUE SE FABRICA EN COSTA RICA!

había ido construyendo la historia con las cosas que dejaba escapar, porque desde que vino aquí no ha salido de ese delirio: habla en sueños, se pasa las horas mirando el espacio a través de los barrotes de su ventana. A veces habla del "arcángel", a veces de su amada. Creí al principio, como usted habrá creído hoy, que se trataba de una joven pianista de la cual su amigo se había enamorado; que había sufrido una grave decepción amorosa y que hasta la fecha sigue sin reponerse de ella. ¡Estas cosas son más corrientes de lo que uno cree! Pero lo más raro de todo es que esa joven no parece haber existido, ¡salvo en la imaginación de su amigo! Sí, sí, nos hemos informado, se han hecho investigaciones...

Estábamos en la puerta y nos separamos. Me fui lleno de congojas que me atormentaban: me angustiaba la suerte de Matías, su extraña locura tan súbita y vehemente, y habría querido hacer algo en su favor. Pero acabé por convencerme de que los hombres somos incapaces de afrontar y auxiliar las situaciones extraordinarias de los demás. Sólo pude ir a acompañarle, con toda la frecuencia que podía, tratando vanamente de divertirle.

Pero cada día hablaba menos y se ponía mortalmente triste con el correr del tiempo.

* * *

Un día que llegué como de costumbre al hospital, ví que el Asistente me esperaba en la puerta lleno de impaciencia. Se paseaba de un lado al otro y en su rostro se leía una gran preocupación.

—¡Al fin llega usted!—exclamó al verme. ¡He contado las horas mientras venía! Vamos, pase. Usted sabe: tenemos grandes responsabilidades en nuestro trabajo y hay casos como el de su amigo que a veces lo desconciertan a uno. El no es hombre normal, desde luego, pero tampoco es un hombre vulgar. Es difícil tratar con él. Y como usted es la única persona próxima a

él verdaderamente, siento la necesidad de comunicarle mis preocupaciones.

Le pedí que me explicara lo que ocurría.

—Pasa algo extraño, algo incomprensible—dijo. Anoche estuve hasta muy tarde en su cuarto, con el médico de turno. El señor Matías se mostraba inquieto y débil. Creíamos que iba a perder la escasa razón que le queda, ¡perdone mi crudeza! Pero sucedió, por lo contrario, que su locura cedió por un instante y su mente se aclaró de pronto volviéndose a hallar tan normal como usted o yo. No es por vanagloriarme—agregó—pero casi esperaba este resultado: se han hecho esfuerzos inauditos por salvarle, le hemos literalmente acosado, día y noche, con toda clase de pruebas, con tratamientos apropiados. Como le digo, esperaba casi este resultado. Lo extraño de todo esto es que su amigo, después de la recuperación de que le hablo, ha caído en un abatimiento muy hondo que persiste aún. ¡Algo inesperado, inexplicable!

Así llegamos al cuarto de Matías. Corrió a mi encuentro, me cogió las manos y se quedó con los ojos cerrados enfrente de mí, sin decir una palabra. El Asistente contemplaba mudo la escena, espionando atentamente a Matías. Pude observar después de un tiempo, que una sonrisa de esperanza plegó muy tenue sus labios.

—Acompáñame al jardín—me dijo Matías. ¿Podemos ir, no es cierto?—preguntó al Asistente cuya sonrisa se aclaraba más y más. Los reglamentos, señaló casi casi satisfecho ya, el orden de la casa, no prevenían visitas a esa hora ni en el jardín, pero podíamos hacerlo. No había dificultad, por esta vez.

Cuando estuvimos solos, lejos de la vigilancia del Asistente, Matías me tomó otra vez las manos y quiso hablar. Pero un sollozo le cortó la voz.

—¡He caído!—dijo después.

Pero fueron meses de lucha en que estuvieron sobre mí, hasta más allá de mis fuerzas. Anoche, cuando se quebró mi resistencia, me bastó un instante para saber que la he perdido. ¡Se fue, se fue como el maestro! Es como si tú dejaras naufragar a tu alma. Ella me llamó todavía con una angustia mortal, como mi propia voz llamándome, como mi propia voz que me hubiera llamado siempre, desde el primer principio de las cosas. Después la voz se fue debilitando cada vez más, y ella se fue.

Cuando volvimos del jardín, lentamente, Matías estaba en paz. Sentí que entre esa paz y yo soplaban un viento frío, como surgiendo de un abismo. Pero el buen Asistente sonreía confiado. Me despidió, satisfecho, y desapareció con Matías hacia el fondo de la casa.

* * *

Tuve entonces que abandonar el país para un largo viaje en el que estuve ocupado muchos meses. Cuando finalmente regresé a mi casa, me dijeron que el Asistente había estado a buscarme y que volvería por la tarde.

Llegó en efecto puntualmente y me contó que mi amigo saldría la semana entrante del hospital. Que Matías parecía curado ya, y que su aspecto, a no ser por cierta inexplicable tristeza, dejaba concebir las esperanzas más firmes para el futuro. La Dirección del hospital había realizado con él todas las pruebas de rigor y sólo faltaba llenar unos requisitos secundarios para darle la salida. Se me avisaría con tiempo la fecha, porque sería conveniente que pudiera ir a recibirle.

Así lo hice el día que me señalaron (no pude entre tanto entrar a verle), y me sorprendió la apariencia de Matías. Parecía efectivamente curado, pero hablaba muy poco. Casi parecía avergonzado. No me dijo una palabra de lo sucedido en nuestra última entrevista, y creí entonces que lo había olvidado todo.

No dejé de observar el aspecto de su sonrisa, tan familiar para mí, que era ahora, por decirlo así, como una lápida impenetrable, como una espesa cortina de piedra. Se lo hice notar imprudentemente, y me miró con seriedad.

—Ya lo sabrás, a su tiempo—me dijo.

* * *

Dos días después recibí una extraña carta suya. La había escrito precipitadamente, y había quedado inconclusa:

"Las cosas ocurrieron como yo lo temía, las cosas cayeron a su fin. La abandoné en el río. Voy ahora en su busca. Mi corazón no la puede seguir guardando muerta. Los pobres muertos no han tenido nunca un sepulcro más hondo que el corazón humano"...

El frío se desató por mis venas y corrí a su casa. Demoré varias horas porque me hallaba en una ciudad lejana, y cuando llegué ya era demasiado tarde. Matías había muerto. Quise mirarle por última vez y me acerqué a su lecho: su rostro estaba tranquilo como el cielo después de una tormenta, y una sonrisa alada flotaba en él. Desde el fondo de ese rostro, labrado por la muerte con divina belleza, parecía mirarme la eternidad. Me sobrecogió un sentimiento de sagrado respeto, como si un arcángel de edad inmemorial me hubiera envuelto en ese punto con su bondadosa mirada.

Poseído entonces del piadoso recuerdo de Matías, salí de la casa y comencé a andar por la ciudad. La tarde iba cayendo, una tranquila tarde de verano, y sin saber cómo, me encontré de pronto al borde del hermoso parque sombrío que limita al norte la ciudad. Penosamente acongojado anduve un tiempo entre los árboles, y me ví de súbito frente a la vieja casa de piedra que me había descrito en otro tiempo Matías, la casa que formaba un ángulo en la calle y entraba como una punta en el extremo del bosque. Anduve junto al muro, llegué al portón de hierro y lo abrí con

Barba Jacob en el Tiempo

Por Alfredo Cardona Peña

He vuelto a leer los **Poemas Intemporales** (México, 1944). ¿Qué cosa más en el tiempo que estos poemas de Barba,

donde el grito de la vida, con sus tinieblas e iluminaciones, se ha expresado en forma permanente y cotidiana? So-

mos y nos movemos en el tiempo—*varium et mutabile*— y el tiempo es este sonoro navío de la vida embarcada y

facilidad. Penetré al jardín, alcancé la puerta y pasé el umbral que estaba franco.

La casa fue sin duda muy bella en sus buenos tiempos, pero ahora estaba casi en ruinas, como lo estaba el jardín. Al pasar por las habitaciones crujientes hallé apenas algunos muebles antiguos amontonados contra las paredes y medio destruidos ya por la acción del tiempo. En el ala derecha había un cuarto pequeño profusamente iluminado por la luz del día, en cuyo centro ví un piano roto junto a un banquito quebrado, los dos cubiertos por una espesa capa de polvo.

Sólo en el interior de la mansión había vestigios de alguna vida, y ahí me encontré con una viejecita que vino hacia mí. Le pregunté quién era el dueño de la hermosa casa abandonada, y a medida que la viejecita iba hablando me sentía sobrecoger por un profundo sentimiento de temerosa piedad.

—Los dueños—dijo—se fueron hace mucho tiempo, se fueron muy lejos y nunca volverán. Yo, que era muy joven entonces, vivía aquí con mi padre que era el mayordomo. Ahora apenas recuerdo los nombres de mis amos, de quienes solamente tengo noticias cuando mes a mes llega de un país lejano un sobre cerrado que me trae lo que

necesito para vivir y una recomendación invariable: que deje las cosas como están, que no cambie nada en la casa, que no toque el polvo, ni la tierra, ni la piedra. Por eso el jardín, los muebles, la mansión entera, todo se ha ido consumiendo como si el tiempo se hubiera detenido ese día.

—¿Cuándo?—pregunté.

—Cuando murió la niña—me dijo—;hace más de ochenta años!—Y una lágrima asomó a sus ojos. —¿Si usted la hubiera visto, señor! Era tan frágil, tan buena, tan parecida a los ángeles! Tocaba ahí, todas las tardes, ahí en el piano deshecho que tiene que haber visto usted, en el cuarto pequeño del ala derecha de la casa, y tocaba como nunca podré volver a oír tocar. Vivía sola la niña y apenas era feliz cuando su viejo maestro venía a acompañarla, tocando en su violín.

—¿Su maestro?— pregunté.

—Sí. Un viejo que se fue para siempre cuando murió la niña. Era el hombre más extraño que he visto. Jamás olvidaré su rostro.

Se quedó pensativa la viejecita y agregó luego:

—¿Las cosas tan raras que hace la gente! Cuando murió

la niña, la enterraron ahí, en el fondo del jardín, porque parece que ella pidió que así se hiciera. Y luego pusieron encima la lápida, y en la lápida algo que tampoco entiendo. Un día mi padre me dijo que nadie debía preguntarlo y que ella también había pedido que se hiciera así.

Me despedí de la viejecita y salí de la casa. Al pasar por el jardín busqué la antigua fosa y me arrodillé a su lado a rezar una oración. A mis pies se extendía una espesa lápida de piedra cubierta por el musgo e invadida casi totalmente por la hierba, que se había ido filtrando con los años por entre las grietas del tiempo.

Sin embargo, a través del musgo y de la hierba seguí el contorno de la lápida. Un nombre había sobre ella, casi borrado, y al leerlo me llené de espanto. Sobre la lápida estaba escrito el nombre de Matías.

Cuando nos dejan solos y la noche cae sobre nosotros; cuando en la muda soledad del mundo nos sentimos naufragos en un mar salobre y echamos a andar por las vías del pecho adentrándonos en él allende la noche como impulsados por una gran nostalgia, nos sobreviene a veces la sensación de que estamos

anhelante.

Acuarimántima fue el nombre que el poeta dio a su liberación y a su esperanza. También **Acuarimántima**, dentro de su poética, simboliza la sustitución de las relaciones lógicas por las relaciones melódicas, que fue el principio de la libertad expresiva. De manera que así pudo llamarse el libro póstumo, con más apego a la visión y no a la voluntad artística del autor.

Los editores tuvieron buen cuidado en recoger el ensayo que Barba Jacob escribiera para el libro **Rosas Negras** (Guatemala, C. A., 1933), al cuidado de Rafael Arévalo Martínez, que no obstante sus propósitos altruistas nunca satisfizo al poeta. (Acostumbraba llamar a ese libro, des-

desterrados sin esperanza de nuestro país natal.

El tiempo y la distancia se disuelven entonces, como el humo bajo el viento. Y en el fondo de cada uno de nosotros surge de pronto la visión de la patria inviolada, en la cual las formas que fueron, las que son y serán, viven eternamente como capullos abiertos hacia una luz distinta. Ahí todo permanece, ahí no hay muerte ni vida: todo es presencia, como una gran canción, en círculos crecientes.

Nos hiere de súbito la luz del mundo, la voz de los días, y caemos de nuevo en la distancia y el tiempo casi llenos de espanto como ángeles caídos. Así está escrito desde los primeros tiempos: que la vida del hombre es como una piedra en el fondo del mar.

Pero hay seres que no pueden retroceder: el tiempo y la distancia una vez disueltos no vuelven a tener para ellos su misterioso conjuro, y un buen día emprenden el viaje sin regreso. Ellos son los únicos, los monstruosos, los elegidos: a su sacrificio indecible le está dado un día hallar el amor perfecto de un ser que busca a su ser idéntico desde el primer principio de las cosas.

Tomado de "Además",
Noviembre de 1952.

pectivamente, "mis rosas piratas").

En ese ensayo-prólogo, bautizado *La Divina Tragedia*—título del vejestorio romántico—habla de sí mismo, de su teoría estética y de su visión para las cosas y los hombres. Constituye en prosa su trabajo más importante. Allí confiesa su dolor, allí explica la historia de su obra y allí nos habla —con la grandilocuencia de un soñador que por más señas nace en la Colombia solariega y bolivariana— de una confederación espiritual de todos los pueblos, y de la necesidad que tiene la lírica hispanoamericana "de dilatar el imperio de sus libertades": herencia de la "magna América" tipo Rodó. Ese colombianismo de Barba enardece el lenguaje. No hay que olvidar que Colombia es un país de muchos millones de poetas y algunos habitantes, como dijo un serio humorista.

Por lo demás, en achaque a lenguaje, Barba amaba la pompa. Los tercetos de la *Epístola Moral* le encantaban porque "eran pomposos, y yo amo la pompa". Suyo era el color violáceo del crepúsculo, en cuyo centro solloza el misterioso convólvulo, pero suyo también el color esplendoroso del tapial florecido. Y por debajo de su terrón aldeano, de su techo pajizo y de esa rural humildad que gluglutea por la acequia cantora, tiene sus opulencias de orfebre. Tiene, sobre todo, una sabiduría auditiva para el vocablo latino: le gusta bruñir, dar fulgencia, maleabilizar la palabra hasta sus últimas posibilidades de evocación. No se ha intentado aún el análisis de este lenguaje poético, tan lleno de claras esencias. Puede resultar nuestro Horacio por la maestría en el adjetivar.

El recurso del esdrújulo le es eficaz y mucha de su aristocracia expresiva proviene de él. En su vocabulario, en desorden, encontramos estas voces: *aspérrima*, *vívida*, *pávida*. Para vago inventa *vágu*; para neblina, *nebúlea* y *nébula*; para azul, *azúleo* y *azúlea*; habla de la noche estelífera y mirífica. Descubre nuevos adjetivos de negación:

habla de monstruos *inconocidos* y del azul *insondado*. En su voz el metaplasmo es personalísimo: suyo es el himno *divo* y el crepúsculo *estivo*. En cuanto a botánica, no debemos olvidar los *lilos*, las *abéñulas de oro* y sobre todo los deliciosos *zuribios*, que leemos en la conocida *Parábola del retorno* (1906).

En el empleo del neologismo y en la vitalización del arcaísmo se contiene gran parte de la física de un plasador de emociones, de un hacedor de imágenes. Y Barba manejó como pocos el neologismo y cultivó con amor el uso del arcaísmo.

Pero esto es arqueología. Lo importante es el dato sumergido o si queréis "la vivencia", como dicen los diltheyanos.

En el poema "Los Niños" (1922), Barba escribió por primera vez esta frase: el *prodigioso ritmo sub-oído*. Ella nos da una temática tanto como una actitud.

Vienen en seguida los patronímicos simbólicos. El primero corresponde a *Fantina*, que tiene "ojos maternales y desnudeces mórbidas". *La Infanta de las Maravillas* es el regreso a la infancia, y es la única que aparece nimbada con un hálito de pureza. En *La dama de cabellos ardientes*—uno de sus poemas fundamentales— inscribe la huella de su destino y el origen patético de su hechizo. Cintia es la máscara que cubre el deseo carnal, y la usa pocas veces porque era partidario del descubrimiento valeroso.

Ahondando más encontramos un asombroso caso de enfermizo vital, que, dentro del dolor humano expresa otro dolor con voces incomparables, y que, en razón a su intensidad humana, queda por encima de los que podemos llamar líricos metalúrgicos, esto es, aquéllos que atendieron más al sonido de los materiales de trabajo que a la intimidad inefable, ese hablar no de las cosas sino desde las cosas mismas, como diría Pfeiffer.

Recuerdo una tarde en San

Salvador en que leí por primera vez los poemas de la vida profunda. Era una antología muy bien hecha de *Diario Latino*, encomendada al fino y malogrado poeta Absalón Baldovinos. Traía la fotografía de Barba, un breve artículo y poemas de *Canciones y Elegías*.

¿Qué había ahí, como lago o felpudo agreste, en aquellos versos deliciosamente campesinos que extendíanse mansos y dejaban adivinar desgarraduras y certezas? No lo supe de inmediato, pero lo fui comprendiendo poco a poco, a la manera que tienen las revelaciones del adolescente para ir comunicando su sentido y su mágica necesidad: con experiencias, con voliciones... y con vida.

Desde el primer momento me entusiasmaron las voces, los temas y la manera de caminar que tenían aquellos poemas. Algo selvático, lánguido, rumoroso; algo de cabrero, de leche aldeana y de roja furia pasional.

Después llegó a mis manos un artículo de Rafael Cardona, escrito en 1934 con motivo de circular con insistencia la noticia de que el poeta "estaba para morir, cansado de sí mismo".

"La evolución de un espíritu por el signo" se titulaba ese artículo, en el que se hacían reflexiones sobre los cambios de nombre de Miguel Ángel Osorio a Maín Ximénez, de Maín Ximénez a Ricardo Arenales, y de Ricardo Arenales a Porfirio Barba Jacob.

Pero lo bueno del caso es que el poeta no murió, como lo anunciaba la cartomancia del rumor, ese año, sino hasta 1942. Pero desde 1930, por lo menos, andaba Porfirio en tratos con la muerte. Que sí, que no. La Señora no era para él como una "novia difunta", a lo Amado Nervo, sino como una querida que cortejaba con relativo secreto, paseándola a su antojo y apurando su comunión y sus dones.

Predilección a lo morboso —¡oh Lautréamont!— que hi-

zo de él, con gran beneplácito de la anécdota, una figura luciferina donde irradiaba "un pueril tufillo a pólvora y azufre", como dijera alguna vez Cardoza y Aragón.

Y es que Porfirio Barba Jacob era un friso—inotensivo e involuntario— de aquel arbotante del romanticismo clausurado por Rubén y vuelto a abrir, como a empujones, por la generación literaria que siguió a la guerra del 14. Avatar espiritual que llegado a los suburbios del talento produjo fenómenos tan curiosos como los vates melencólicos, duchos en asaltar cementerios y en conocer los suicidios más prácticos.

Sea por una causa o por otra, lo cierto es que Barba Jacob tuvo el agrado de llamarse a sí mismo un "hechizado", autoclasificarse "luciferino y sonámbulo", gustar el trato de la muerte y aureolar su personalidad con peligrosos inciensos, a la manera de los grandes malditos que presidió Verlaine.

Este gusto por la desgarradura actuó en la realidad tremenda de su poesía, que tuvo sonidos peculiares, lamentos y agorerías parecidos a los hallazgos de los que encuentran voluptuosidad en el miedo. Pero es doblemente significativo el hecho de que al señalarlos la angustia y el incendio corporal, nos deja a la vez un acierto purísimo de los temas que supo encontrar precisamente con los elementos opuestos a los que forjaron su paisaje de llanto: ingenuidad, devoción a la música de los campos, amor a las viejas ternuras del mundo.

Cuando aparece en la lírica del continente, húmedo todavía como el musgo de las aldeas sureñas, la poesía despertaba del letargo formalista, rejuvenecida con el nuevo paraíso de los ritmos; atravesaba aquella situación histórica del arte una fase de "purificación" que hizo a Guillermo Valencia escribir sonetos sobre una piel de tigre, y a Chocano soltar bandadas de palomas.

Pero nuestro poeta, espantado y montaraz, huyó de

Ortega y Gasset en el jardín de Lope

Por Vicente Aleixandre

En Madrid, en la calle de Francos —no es posible darle su nombre de hoy sin ofender al poeta— está la casita. Dos plantas nobles, un portalón discreto y encima, sobre el dintel de piedra, la inscripción latina. Yo había atravesado el umbral y allí a la derecha, en el zaguán dejaba las primeras gradas. ¿Estaría Lope arriba? a esta hora de la mañana ya tendría, dicha su misa en su oratorio privado, situado en el primer piso, frente a la penumbra del rellano

de la escalera. Y habría pasado a su cuarto de trabajo. En su bufete, allá en el rincón, junto a un libro abierto, las plumas bien cortadas, luciendo su ligereza prestada... Si está allí, no oye al furtivo visitante, absorto él en el rasgueo de un soneto fluido o en la traza elegante de una canción que acaba, si con rumor de fuente. Pero yo atravieso casi alevé el zaguán y por la puerta del fondo paso al huerto, diremos al jardín de Lope. Es tan diminuto el recinto

que enseguida me oriento. A la derecha un grupo, pero entre él y el visitante está el pozo de Lope. El granito venerable gastado por los tiempos, el balde, la maroma usadera y, en el fondo, el agua, la misma, inmutable y bella de fino cielo de Madrid. Invitados por un académico amable velador de la casa, había allí cuatro o cinco señores, tres o cuatro nombres, bajo el emparrado fresco del rincón, las señoras elegantes se sentaban sobre la piedra ele-

mental: el apoyo del arriate. Los hombres, José Ortega y Gasset entre ellos, estaban acomodados en las vividas sillitas rústicas emergidas para todos, —un todos sucesivo en el tiempo— desde el fondo del siglo XVIII. ¡Qué clara estaba, qué vitalísima la mañana de Junio! Una mañana digna de la casa de Lope. Ortega deshizo el encanto. No había unción posible. Alguien, en pretendida redundancia, había dicho con ademán amplio: "Lope: España". Ortega incidió con sobria naturalidad: "Lope no existe en la vida española". Y ante la sorpresa: "No es un tema, un incitamiento, un ingrediente de realidad alguna española desde su muerte a la fecha". Una de las damas —morenas, mirada oscura no turbada por ningún brillo— dijo algo, más que con su palabra con sus ojos entristecidos "lo cierto es —remató Ortega— que el pueblo español desde hace siglos no conserva en su me-

(Pasa a la pág. 19)

aquel estruendo metálico y prefirió dormirse, como si dijéramos, a la sombra de los nobles crepúsculos, para recoger las fuerzas primigenias que esconden las grutas de la infancia y oír su gemido varonil, juntarlo y dejarlo caer, vencido por su propio infiernillo de pasiones y adormideras.

Con este cargamento de nostalgia, empapado en furibundos deseos, acendrada su voz en las mieles natias, inició su jornada por tierras de América.

En el extranjero escribe y reproduce poemas. Ya para entonces había leído a Montaigne, padre de los buceos interiores, de quien aprendió los secretos de la veleidad humana, y siendo un magnífico espectador de sus propias catástrofes pudo escribir *La Canción de la Vida Profunda*.

Un día que me lo encontré en plena avenida mexicana de Bucareli, que es como decir un río de bocinas, me explicó

la génesis del poema que alcanzara el signo más alto de su misión artística:

"Nos encontrábamos en La Habana un grupo de artistas hispanoamericanos; a que ella tarde estaba solo en el cuarto del hotel; en la habitación contigua, el maestro Manuel M. Ponce ejecutaba una deliciosa melodía al piano. ¿Quién me habría de decir que esa música fue capaz de obligarme a escribir la vida profunda?"

En compañía del novelista José Revueltas fui a visitarlo otro día a un zaquizamí que tenía por el barrio de San Cosme. Lo encontramos tendido en la cama, envuelta su cabeza con un paño a la manera de Voltaire gotoso, y tosiendo horrores. Después de decirnos unas palabras cabalísticas y de dibujar círculos en el aire se puso a fumar negros cigarrillos de marihuana "para calmar a la perra", según decía. Aquello era mucho teatro para nosotros y salimos del cuarto. Yo

ya había fumado marihuana con Paco Zúñiga una noche en la Plaza de Garibaldi, y francamente la yerba nos decepcionó por innoble.

Barba siguió con nuevos viajes, preocupaciones de arte y política, salas de redacción y drogas: lo suficiente para derrumbar una existencia. Esos años se utilizan en escribir, fundar revistas y hablar del futuro de las repúblicas.

El autor de *Acuarimántima* llegó a México cuando había alcanzado madurez. El país azteca le dio oportunidad para desarrollar una labor intelectual, periodística, que supo cumplir con la agilidad innata del talento, aunque insultando a la Revolución y poniéndose de capillas adentro.

Al correr de los años, la muerte vuelve a fustigarlo con más furia que antes, acompañada de una tos ahora incesante que va consumiendo sus últimas reservas y no le permite respirar con dignidad

en un sanatorio.

Dolorosos fueron sus últimos meses, desconectado de toda actividad y mordiendo su sombra, detrás de la ciudad o en los hoteles que la noche conoce.

Un día de tantos sacude su postración y organiza un recital en el Palacio de Bellas Artes. Barba, personalmente, puso avisos de su recital en todas las cantinas y peluquerías de la ciudad. Pero sólo unas cuantas personas acudieron. Aquella noche, México se convulsionó con las noticias europeas (los nazis estaban entrando en París), y nadie se dio cuenta de que con aquella lectura de sus poemas, Barba se despedía de la vida.

América guardará siempre la obra y el nombre extraordinarios de Porfirio Barba Jacob, a despecho del "Altísimo poeta" que suele exclamar el Estado a manera de laurel con espinas. Esto último se lo come el tiempo y el hambre de los eruditos.

Poemas

AROMA VIRGINAL

Fresca de agua de fuente recatada,
 ante el plateado espejo veneciano
 repartes en porciones delicadas
 tu primorosa cabellera. En vano
 delirio el sol en tu jardín jadea,
 dragón dorado cuya escama ardiente
 bajo el profundo azul relampaguea
 realzando el arco de tu insigne frente.
 De espaldas al jardín, te da el espejo
 la luz más pura en matinal reflejo,
 mientras perfumas íntimos encantos.
 Y la brisa empapada con tu aroma
 ve entre los mirtos y los amarantos
 anunciando tu idilio de paloma.

ADRIANO DORIA.

A YOLANDA OREAMUNO

Vi, un destello, herido,
 restituir la belleza.
 Devolver al dibujo
 su escorzo devorado.
 Despertar la distancia,
 hacer palabra el viento
 y traspasar mi vidrio
 su venablo sagrado.
 Era un rostro de lejos,
 otra voz la mirada.
 Modelado en presagios,
 perentorio de trinos...
 No, no era de tocarse
 era sólo apariencia,
 un destello volviendo
 a su esencia inviolada.

EDUARDO CATAÑO.

EL PAJARO Y LA ROSA

Por FERNANDO LUJAN

Un pájaro vespéral
 con arrogancia se posa
 en la rama en que una rosa
 perfuma todo el rosal.

De su garganta armoniosa
 sale un trino vertical.
 La rosa, sentimental,
 tiembla leve como diosa
 desnuda en su pedestal.
 El canto fue un madrigal
 del pájaro, antes del vuelo.

Pero también fue fatal
 su canción. ¡Mirad la rosa
 ya deshojada en el suelo!

SOMBRA DE SOLEDAD

Por ROMAN ORTEGA CASTRO

Sin tí,
 solo,
 con tu imagen recortada en el cielo.

A rastras,
 solo,
 del brazo solitario de tu recuerdo.

Cansado,
 solo,
 con tu miedo y con mi miedo.

Mordiendo,
 solo,
 los restos inútiles de mi cuerpo.

Amargo,
 solo,
 y en la mirada un agujero.

QUINTO POEMA AMORFO

Llano rojo,
 rojo.
 Y la viscera azul.

La mano sin fuerzas atada al tornillo.
 La mente quebrada y amarrada al libro.

Lejana,
 roja,
 ajena,
 tñ.

Yo, demasiado cerca.
 Y la viscera azul.

Poemas

INCONSTANTE MAR

Por ARTURO ECHEVERRIA LORIA.

"Quién podría vivir en la tierra
si no fuese por el mar".
Luis Cernuda.

I

Despierta al mar de luz
a la onda azul
de nubes y de alas,
ola nocturna,
espuma y blanca espiga,
de este mar inconstante
en que me atrevo
a navegar soñando.

Hiere el tallo
submarino de arena
de la planta del agua,
suelta su vela oculta
de orígenes antiguos,
en este sueño de océano,
de verde isla rodeado,
de furia y de caricia
que desde lejos viene,
voz de olvido en la infancia,
hasta llegar al hombre.

Indaga, busca hasta encontrar
su estructura de sal,
su silencio.
Y cuando llegues,
habrás tocado mi piel,
mi sueño roto.

II

El mar, siempre el mar,
arboleda de olas,
gran árbol de sombra inadvertida,
desde la arena del niño,
a la roca del hombre.

No pasa el polvo
ni el dolor y la angustia
de los hombres
sobre la estela blanca del camino
del agua.
Nada pasa.
Siempre la música oculta
sale del caracol y los tritones.
Siempre su belleza tiene
la forma de sirena dormida
y su majestad de roca.
Roca de siglos sin yedra,
sin huellas ni señales,
desnuda al cielo,
al ojo que vigila,
al vuelo de los pájaros
y al llanto y alegría
de los hombres,

(a veces como un mar pequeño
que jugara en la playa).

El polvo se hace polvo.
Duermen los años como
cansados marinos,
pasan vientos y tormentas
por tu frente, la misma,
la innombrada por la
voz humana,
oculta voz de arribo y de partida,
la que llega a humedecer la piel
con la sal de sus labios,
con la sangre de arena
y de naufragio.

Naufragio dentro de mi sangre
de mar,
en vigilia de mar,
en soledad con cielos
y horizontes
que tienen de árbol,
de desierto y de agua,
distantes de luces,
presentes en el recuerdo
como la muerte entre la oscuridad y el alba.

No te apartas,
el ojo te vigila,
y el pulso de las olas
llega a la escama del pez
y al corazón de los hombres,
como temblor de tierra,
o como isla en la soledad surgida.

Mi vuelo llega a ti
para mojar las alas
en viajes sin memoria,
y a tocar horizontes sumergidos,
conocidos tan sólo por los peces plateados
que roban a la aurora
la forma de la nube,
y las flechas doradas sobre
la mar dormida.

No importa nada al mundo
el grito acongojado
del mar y de los hombres.
De la tierra y de la arena,
salen manos de odio
a cercenar el grito
que muere entre la sangre.

No importa nada al mundo
el camino del agua,
la voz que se hace sangre,
la flor de espuma
como seno de virgen
en la playa.

Nada importa
después del placer agotado
y el adiós en las velas
de la amada.
Todo es extensión de playa
donde no llega la ira

ni los ojos alcanzan.

Archipiélagos, dunas, arrecifes,
son nombres de delicia,
arquitecturas,
líneas moldeadas por tu mano de siglos,
por tu mano.

Mar de constelaciones ahogadas,
de estrellas marineras,
de vagabundas estrellas
que desde su fondo verde
de espumas y de escamas
enamoran sirenas.

Mío es todo el contenido

de tu nombre,
todo el verde de las islas,
tu música y la monstruosidad
de las cavernas,
los peces voladores
y las plantas sin nombre.

Tuya es la nostalgia de los dioses
y el castigo del hombre,
la estatua de sal
y las palomas de los senos de venus.

Eterno mar de nombres y pasiones,
mar eterno en el aire y el olvido.

México, 1942.

Elegía

(Escrita por Sir Thomas Grey en el cementerio de una
aldea inglesa)

Traducción de ENRIQUE HINE SABORIO

Solloza la campana su doliente
oración vespertina;
mugiendo va el rebaño lentamente
de la pradera en el verdor jocundo;
a su choza el labriego se encamina
por la áspera vereda
y la infinita lobreguez del mundo
para la noche y para mi se queda.

Ahora va el crepúsculo apagando,
a mi vista su ruedo esplendoroso
y una solemne calma el aire llena;
sólo de cuando en cuando
zumba con aleteo bullicioso,
el abejón que entre la sonbra oscila
y adormeciendo a los rebaños, suena
en la extensión serena
la nota soñolienta de la esquila.

En esa torre carcomida y vieja
que la hiedra envolvió como un sudario,
la lechuza se queja,
frunciendo el ceño a la impasible luna,
del intruso que, en torno al vecindario
de su asilo secreto, la importuna
en su reino vetusto y solitario.

Allá, junto a la rústica aspereza
de aquellos olmos, bajo el verde manto
de los tejos, el tiempo ha convertido
en montones cubiertos de maleza
los túmulos del viejo camposanto,
celdas angostas de quietud y olvido
en que discurren los eternos sueños
de los antepasados lugareños.

Ya nunca volverán la matutina
brisa con sus fragancias, ni el saludo
que gorgea la tierna golondrina
desde la cumbre del pajizo techo,
ni de los gallos el clarín agudo,
ni los ecos del cuerno resonante,
a despertarlos de su humilde lecho;

jamás para ellos brillará radiante
la lumbre del hogar, ni habrá una esposa
que en las tardes, risueña y hacendosa,
prepare los domésticos aliños,
ni balbuceando el paternal regreso,
en su regazo, los alegres niños
compartirán su codiciado beso.

Cuántas veces, rindieron las espigas
al corte de su hoz el rubio grano
y al empuje tenaz de sus fatigas
el arado surcó la firme tierra;
con qué placer hacia el fecundo llano
sus bueyes conducían
y cómo, ante sus hachas, en la sierra
los bosques con estrépito caían.

Que nunca sean su labor fructuosa,
sus simples goces, su existencia oscura,
burla de la ambición, ni la grandeza
escuche con sonrisa desdeñosa
la crónica sencilla, humilde y pura
que memora su rústica pobreza.

La vana ostentación de los blasones,
la pompa del soberbio poderío,
todos los bellos mundanales dones
la hora inevitable y perentoria
esperan; los caminos de la gloria
sólo conducen al sepulcro frío.

No los culpeis vosotros, orgullosos,
porque sobre sus tumbas la memoria
llamativos trofeos no levanta,
en cuyas naves himnos estruendosos
hagan repercutir la nota fuerte
que en su elogio se canta.

Con su leyenda, un epitafio inerte
con su aparente vida, un busto, ¿harían
volver acaso, el fugitivo aliento
vital a su mansión? ¿Turbar podrían
los gritos del honor su polvo helado
o de la adulación el vil asiento,

halagar el obtuso y torpe oído
 en este campesino cementerio
 un corazón que palpité encendido
 con fuego celestial, quizás las manos
 que el cetro del imperio
 pudieran empuñar o de la lira
 provocaran el éxtasis que inspira.
 Pero nunca el saber de los humanos
 desplegó ante sus ojos
 su amplia página, rica en los despojos
 del tiempo; la escasez mató las palmas
 de sus nobles anhelos
 y tornáronse hielos
 las geniales corrientes de sus almas.

Más de una gema, en su caverna oscura,
 oculta bajo el mar, serena y pura,
 su casto brillo, para el mundo muerto,
 más de una flor en soledad suspira
 y exhala, con rubor que nadie admira
 su aroma, entre las brisas del desierto.

Tal vez yace aquí un Hampden aldeano
 que se opuso con pecho valeroso
 a las fuerzas de un rústico tirano;
 un Milton, ignorado y silencioso;

un Cromwell que su vida
 no manchó con la sangre fratricida.

El destino impidió a sus almas buenas
 provocar los aplausos de un senado,
 retar las amenazas del tormento
 y la ruina, esparcir a manos llenas
 sobre el pueblo sonriente y confiado
 el oro y el sustento
 y su historia leer en las pupilas
 de su propia nación; en su aislamiento,
 no sólo su virtud, también su encono
 reprimiendo tranquilas,
 no buscaron políticas reyertas
 cruzando un mar de sangre por un trono,
 ni cerraron al prójimo las puertas
 de su piedad; jamás bajo el influjo
 de cobardes temores,
 ni su fe ni sus dudas ocultaron,
 no se apagó el carmín de sus rubores,
 ni en el altar de la altivez y el lujo
 lírico incienso adulador quemaron.

Lejos del mundo y de la innoble guerra
 que sostiene la turba enloquecida
 fueron sobrios y puros sus deseos

CONSEJO NACIONAL DE PRODUCCION

SECCION AVICOLA

Compra de Maíz Amarillo para Mezclas

La Sección Avícola está interesada en adquirir partidas de maíz amarillo de producción nacional, última cosecha, para uso en mezclas de alimentos avícolas. Los interesados pueden dirigir sus ofertas al

CONSEJO NACIONAL DE PRODUCCION, SECCION AVICOLA.

y enamorados de la madre tierra,
por el plácido valle de la vida
pasaron sin ruidosos desvaneos.
Y aun hay, contra el insulto resguardando
los despojos de algunas sepulturas,
no lejos de este lúgubre retiro,
frágiles monumentos, que mostrando
torpes rimas a informes esculturas,
inploran el tributo de un suspiro.

Allí, supliendo a los gloriosos cantos,
la musa campesina deletrea
solamente sus años y sus nombres
o algún pasaje de los libros santos
que enseña al moralista de la aldea
como mueren los hombres.

Pues ¿quién al margen del eterno olvido,
el dulce don de la existencia deja,
sin volverse a mirar lánguido y triste,
los días venturosos que ha vivido,
la hermosura del mundo que se aleja
y el misterio de todo lo que existe?

Sobre algún pecho amante se recoge
temblando, el alma que al partir se agita;
tristes, los ojos que la muerte cierra,
urgen piadoso llanto que los moje;
y dentro de la tumba, entre la tierra,
aun la inmortal naturaleza grita,
cual si en nuestras cenizas reviviera
el fuego misterioso de su hoguera.

Y tu, que conmovido haces memoria
de los humildes muertos ignorados,
y que relatas su sencilla historia
en estas líneas, si el acaso un día
condujese a estos sitios apartados
a un espíritu amigo que viniera
con la contemplación por solo guía
y tu destino averiguar quisiera,
algún pastor de cabellera cana
quizá respondería:

"Muchas veces le vimos afanoso;
al despuntar la luz de la mañana,
desgranar con su paso presuroso
las gotas de rocío en la colina
para encontrar al sol, y reclinado
al pié de aquella secular encina
que trenza sus fantásticas raíces
sobre el suelo, vivía ensimismado
las horas enervantes de la siesta,
contemplando los trémulos deslices
del arroyo que surca la floresta.

"Murmurando sus locas fantasías,
irónico y sonriente divagaba
por los bosques en estas cercanías,
o torvo, triste y pálido, ambulaba
como el que presa de un dolor horrible,
se consume en la trágica demencia
de un amor imposible.

"Una mañana me extrañó su ausencia
de aquel collado que ascender solía,
de su árbol favorito y los brezales;
tampoco pude verle al otro día
cerca de los tranquilos manantiales,
ni en el bosque, ni arriba en la pradera;
mas, al siguiente, un grupo lento vino
y entre adornos y cantos funerales,

vi que lo trajo a su mansión postrera
por este melancólico camino.

Y, pues sabes leer, ven a mi lado
y lee su epitafio aquí grabado
en esta piedra, bajo el viejo espino.

EL EPITAFIO

Aquí descansa en paz, sobre el mullido
regazo de la tierra generosa,
un joven que vivió desconocido
en el mundo, sin fama y sin fortuna;
la Ciencia no fue nunca desdeñosa
con él, no obstante su modesta cuna;
y su fiel corazón esclavo era
de la Melancolía;

grande fue su bondad, su alma sincera
y cual divino galardón que había
recibido del cielo,
a la miseria daba
todo lo que en el mundo poseía:
lágrimas de consuelo;
y del cielo ganó, solo testigo
de su virtud el premio que anhelaba:
un amigo.

No trates de revelar con tu alabanza
los méritos que su alma embellecían,
no saques de su tumba irreverente
sus flaquezas; con tímida esperanza,
unos y otras al amor se fían
de su padre, su Dios Omnipotente.

Mayo de 1925.

Esta bella traducción, la mejor que se conoce, del poeta elegíaco londinense, nos la ha remitido don Francisco Mata E., con la siguiente advertencia: Antes de la primera guerra mundial y aún antes de la segunda, no había aquí cursos intensivos de inglés y nuestra juventud que viajaba a los Estados Unidos de América, no sólo aprendía el idioma de Shakespeare, sino que perfeccionaba el nativo, ya que el conocimiento de otra lengua fortalece y profundiza el de la propia. Por el contrario, hemos visto ahora en nuestra juventud que estudia inglés y viaja con becas a la gran República del Norte, que cuando regresa viene usando un caudal mayor de anglicismos y atropellando la estructuración gramatical de nuestro bello y sonoro idioma, adaptando la traducción literal y las formas de expresión de la lengua que han ido a perfeccionar. Esto lo vemos en discursos y documentos oficiales. Las apreciaciones que al respecto ha venido haciendo en esta Revista nuestro amigo don Cristián Rodríguez, son sumamente acertadas.—N. de la R.



moria ni un verso ni una figura de LOPE".

MI JARDIN MAS PEQUEÑO QUE COMETA...

El jardín todavía parecía empequeñecido. Una nube momentánea había celado el sol y hasta las "diez Flores" parecían más pálidas, mientras a las "dos parras" se les hurtaba su sombra, desleída en la repentina penumbra del amustiado verdor.

Hubo un silencio. Salió el sol de nuevo. Y otra de las señoras, una rubia que fulgía ahora en la nueva luz con un esplendor sin rebozo, hizo a su modo una ofrenda a Lope: ¿"Saben ustedes que he descubierto que la portera de mi casa es poetisa?" Pero no, no era en su casa sino en la de una pariente, suya, y se brindaba a llevar a todos un día alegremente para escuchar a la ignorada escritora. No hubo comentarios. Se oían algunos pájaros. No a los "dos muchachos", los dos niños de Lope, que fueron "ruiseñores" de aquel jardín. Sino a algunos, más de dos, populares gorriones que eran los veraces pájaros del vergel.

Ortega había doblado una pierna sobre otra, su brazo colocado con abandono en el respaldo de un asiento, y fumaba con tranquilidad. Era en 1953. Junio de 1953, a dos años de su desaparición, qué lejos su sólida estructura poderosa de toda idea de deshacimiento. Allí cerca del pozo, del granito venerable, la figura rimaba, como una piedra miliar. Al lado de la mosqueta entonces en su flor blanca, como un vapor transitorio, se veía humana la pedra fundamental. La sombra de la parras se movía con la brisa del verano sobre la cabeza casi mineral. El pelo escaso subía, venía, como desde hacía muchos años, de un costado para abarcar la masa noble y luego descender lentamente por la vertiente opuesta a la frente parecía como si cubriendo, en un estado primitivo, una madurez en embullición, se hubiese henchido, hasta que alenfrarse en el

geológico periodo siguiente quedó cuajada sólidamente en su abovedamiento frontal.

Aquella bóveda desproporcionada gravita sobre los arcos ciliares, que, un poco bajos por la pesadumbre, daban sombra y profundidad a los ojos escrutadores, allá en el fondo se veía rodeados de penumbra, pero ellos claros, mejor, esclarecidos, con una luz que, extraña cosa, no os lastimaba, y no porque fuese una luz mental, pero porque era una verdadera luz hacia adentro.

Los "dos árboles" y el "narajo" del jardín de Lope ponían en la luz extrema un verdor no usado, así de fresco permanecía en la cálida mañana de Junio. Un puñado o preso de naturaleza para el agasajo de los visitantes. Las damas, las tres o cuatro damas elegantes, si con su atuendo y compostura—no importa la aparente sencillez, que era sobre todo artística, en la hora matinal—ponían distancia entre su yo íntimo y su reducido público (diríase que el lujo y la elegancia, el adorno y la joya que las damas ponen entre sí y los demás llevan el fin de ocultar su ser íntimo, de hacerlo más misterioso, remoto o inasequible...). Si ello podía aquí pensarle un momento, la dama rubia, la dama morena parecían querer desmentirlo: Pepe, Pepe"... exclamaba la primera dirigiéndose a Ortega. A Ortega que envuelto amablemente en el humo de su cigarrillo, respondía con naturalidad aquella mañana con parquedad, se diría que con confiado silencio. Las palabras, muy usadas, no eran precisas y las pausas tenían algo de delicada expresión, de refinado y voluptuoso diálogo sin el soporte omnibus de la lengua. Las voces de las señoras subían como oleadas breves, "Pepe, ha visto usted"? Qué le parece a usted, Pepe? y rompían delicadamente a los pies como una ofrenda familiar y consuetudinaria.

El último de los llegados aquella mañana, muchos años antes, precisamente treinta y cinco años antes, era un jo-

ven, mejor un muchacho, y entraba por el paseo de Recoletos, edificio de bibliotecas y museos y allí en aquella salita baja de la "Sociedad de Amigos del Arte" asistía un poco furtivamente y con aguda curiosidad a la apertura de una exposición de retratos femeninos históricos. Apenas había andado unos pasos absorto en las efigies resusitadas, coro de femineidad convocado y citado para nuestros días, y aquí presente sin faltar una sola de las emplazadas, cuando divisó, entre los que circulaban, un grupo más numeroso que los restantes. Se acercó y pudo ver. Un hombre entre los demás hombres y mujeres que le rodeaban parecía la figura preminente. Pronto le reconoció. Pienso que entonces el observado no tenía más que treinta y cinco años —era en 1918— pero para aquel ardiente neófito aquella figura era la de un maestro, un venerable y nunca divisado maestro. Las carnes de la madurez aún no habían invadido aquel cuerpo

exento que se erguía libre, flexible y seguro, con un abandono en su apostura no desprovisto de elegancia. Estaba parado, señalaba con una mano un cuadro —el de una distinguida señora de la edad media— mientras el puño de la otra mano, doblando el codo reposaba con no se que dejadez casi andaluza en el costado enjuto. La cabeza tenía el dibujo definitivo. Sobria todavía la cara, cenceña y grabada, se coronaba con un cráneo que no habría de variar. Hasta el pelo ascendía pausadamente desde un costado, oscuro del todo aún, más abundante que luego, pero ya apenas bastante para cuidadosamente abarcar la masa noble y descender después al otro lado con el leve sobrante. En aquel momento la cabeza se ladeaba para mirar un efecto, en el óleo, a una luz favorable. Hablaba y el chico, a una distancia respetuosa del grupo, apenas podía oírle. La patricia contemplada, casi pontifical en su a-

Tome
Orange-Crush
MARCA REGISTRADA
¡Qué Sabor!

INSISTA EN ESTA BOTELLA CARACTERISTICA

CRUSHITO

Orange-Crush
Marca Registrada

Cosas de la memoria

Por PROTEO

Si aprender es recordar, tal como reza el pensamiento socrático —y que nos perdone Vincenzi, que se cree dueño de Sócrates!—, también podemos hacer esta afirmación: recordar es enseñar. Pero, claro está, cuando el recuerdo se hace en alta voz, o por escrito.

Hoy, en medio de aletazos de muerte que nos produce un viejo mal, nos ha dado por recordar; y nos sentamos a la máquina de escribir para que nuestros recuerdos sean enseñanza. ¿Enseñanza? . . . Bueno, pues, al menos, diversión honesta para el prójimo.

Hace ya muchos años, muchos, cuando todavía estábamos en la infancia, leímos en una revista un artículo muy interesante que hablaba de

Fulano de Tal —olvidamos el nombre— a quien conocían por "El Ciego de la Merced". No podríamos precisar ahora de qué país era aquel ciego, ni en dónde estaba situada aquella iglesia de La Merced. ¿En León de Nicaragua? ¿En alguna ciudad de Colombia? Imposible traerlo a la memoria.

Sólo recordamos que el artículo se hacía lenguas de aquel ciego genial que hacía, por una limosna, versos de pie forzado. Las cosas más difíciles las resolvía aquel poeta, con insuperable maestría. Los intelectuales se cansaban de llevarle versos absurdos, que él con toda gracia hacía caer al final de una estrofa de su cosecha.

Ahora que la enfermedad

está acabando con nuestra humanidad, queremos dejar aquí una décima que recordamos de entre las varias que el artículo registraba. Un poeta —tenía que ser otro poeta— estaba en discusión con alguien y de uno de los dos salió esta frase: **Salero sin sal si no**. El poeta se fijó en la frase y gritó: "¡Aquí tenemos un pie forzado para el Ciego ed La Merced!".

Triunfales, orondos, se fueron a buscarlo. En el camino iban jactándose de la novedad y muchos curiosos se les agregaron. El Ciego estaba tranquilo en el atrio de la iglesia, esperando manos caritativas que le dejaran caer limosnas. Sonrió cuando oyó la algazara del grupo y más cuando éste se paró junto a él. "Oiga, poeta—le dijeron—:

cinco pesos tiene usted por delante si resuelve este pie forzado". El Ciego oyó el pie forzado, hizo que se lo repitieran, hasta aprendérselo de memoria. "Muy bonito", dijo, siempre sonriendo. Y dictó en seguida:

**La mujer que da en querer,
es un salero con sal,
que es salero universal
el amor de la mujer.
Mas si da en aborrecer
aquéllo que más amó,
no tiene ya sal, digo yo,
pues ella es, según se infiere,
salero con sal si quiere,
SALERO SIN SAL SI NO.**

Bien vale la pena recordar estas cosas y escribirlas, es decir, bien vale la pena enseñarlas para que no se pierdan. El recuerdo del artículo sobre el Ciego de La Merced, es de nuestra infancia. El del que vamos a referir, es de nuestra primera juventud. (Mi juventud... ¿fue juventud la mía?)...

Estudiábamos en Filadelfia y allá fue a parar a nuestras manos una revistilla de uno de estos países centroamericanos. Tampoco recordamos qué decía un artículo curioso de aquella revistilla, ni el nombre de su autor. Menos aún recordamos quién era el

parato, postrada e irónica alzaba sus dos manos unidas, en un ademán que Ortega subrayaba, aunque el joven no alcanzaba a escuchar sus palabras. Oyó algo de la mujer, su adorno en público, la distancia de su real personalidad. El auditorio se había apretado alrededor del hablante y el muchacho ávido de comprender se aproximó. Entonces percibió unas palabras más, estas claras, clarísimas, las más diáfanas quizás que había de oír nunca sobre la verdadera intimidad masculina: "El hombre, en cambio, da a la publicidad lo que más estima en sí, su más recóndito orgullo, aquellos actos, aquellas labores en que ha puesto la seriedad de su vida".

La seriedad de su vida. El maestro, a los ojos juveniles, aparecida como un símbolo presunto de la seriedad de vivir. El retrato siguiente era el de una niña del siglo XVI. Pero el muchacho ya no tenía tiempo. Salió y se perdió, ligero y confortado, y acrecido entre las acacias del paseo, ahora en la primavera.

Las damas de hoy, en el jardín de Lope, ya se habían puesto de pie. Era ya hora de despedirse. Todo el grupo conforme abandonaba el recinto soleado la parra dejó de dar su sombra sobre la cabeza más noble. Un momento una de las damas, quizás la más bella se asomó al viejo pozo conoedor, que apareció rizarse en su agua somera.

La "Mosqueta" exhalaba su olor sin que nadie lo percibiera. Ortega, desviado, aspiró un instante con deleite y el rostro se aclaró y lució. Unas risas de mujer no desentonaban en la hora cenital del jardín.

En silencio se atravesó el umbral, se cruzó el zaguán de regreso. A la izquierda quedaba la escalera, arriba la habitación de Lope. Todos parecían visitantes furtivos que de puntillas se escurrían para que ningún ruido los denunciase al dueño de la casa. Respeto? Desenfadado? Efectivamente, arriba nada se movió. Escribía alguien? La pluma rasgueaba sin interrupción? Quien sabe.

Ya en la calle, había más de un coche y todos se despedían. Las señoras pasaban del sol vertical a la penumbra de los vehículos. Ortega, arropado en la compañía amable, partió también, y algunos más de los contertulios. El más adventicio de los visitantes echó a andar solo calle abajo, calle de Francos abajo. El resplandor batía con furia sobre la acera y grupos populares subían, hablaban ruidosamente y el transeúnte oía las palabras altas, se cruzaba y quedaban a su espalda risas y exclamaciones. Todo rodando con propiedad y brío en la brisa aún fresca del verano, que se adelanta por las calles y plazas de este rutilante JUNIO DE MADRID.

La Casa del Greco

Por Eduardo Carreño

A Ramón Díaz Sánchez

La vida y la obra de Doménico Theotocópoli están rodeadas de misterio impenetrable. ¿En dónde y cuándo nació? Se ignora a ciencia cierta. El artista firmaba así algunos de sus cuadros: **Domíngio Teotocopolo, cretense, hizo**, lo cual dio pie a Justi para que en su obra sobre Velázquez divulgara que era oriundo de Grecia y al escritor griego Demetrio Bikalas para que al traducir una inscripción en el "San Mauricio" del Escorial, rectificase la or-

tografía del nombre del pintor, objeto primordial de su trabajo; pero el docto profesor alemán se había anticipado en descubrirlo, en aquél y en cualesquiera otros lienzos donde la palabra aparece.

Un grande amigo del Greco, fray Hortensio Félix Paravicino, cuyo retrato ejecutó magistralmente, hubo de escribir en loa suya, cuatro sonetos y en el destinado a su túmulo, se lee este significativo terceto:

**Creta le dió la vida, y los pinceles
Toledo, mejor patria donde empieza
a lograr con la muerte, eternidades.**

Para localizarlo en Creta, el país de origen del pintor, la curiosidad no queda del todo satisfecha. Acaso como dice Barriobero, por ocioso prurito; máxime cuando poco influye la nacionalidad en el arte de este pintor, a diferencia

de lo que sucede con otros artistas. Don José Martí Monsó, basándose en un proceso incoado por el Tribunal de la Inquisición de Toledo contra un griego en donde figura el artista como intérprete, declarándose "natural de Can-

dia"; y otro escritor griego, Aquiles Kirou, publicó un libro en el que consigna sus investigaciones practicadas en la isla de Creta para determinar con exactitud el sitio donde nació el Greco, señalando como tal el villorio de Fodele, donde tiene su casa solariega una antigua familia del pintor, procedente del Peloponeso.

Poseedor de nuevos datos, Kirou pudo comprobar la existencia de un vetusto convento de la orden cisterciense, de secular origen bizantino, donde se conserva la tradición de cómo el Greco tomó en ese cenobio las primeras lecciones de pintura, dadas por un monje miniaturista, miembro de una familia de Bizancio. En el convento encontró Kirou, entre los monjes más jóvenes, a uno descendiente de la familia antes mencionada, el cual hubo de sorpren-

derle por el notable parecido con Jorge Manuel, el hijo del Greco.

También hay el testimonio del gran miniaturista Julio Clovio, quien conoció personalmente al Greco en 1570, cuando llegó a Roma; en carta dirigida por aquél al cardenal Alejandro Farnesio lo recomendaba, dándole el calificativo de **giovane candiotto**; mas, por cretense debió de tenerse entre los eruditos de la época.

¿En qué fecha precisa llegó el Greco a España? ¿A qué vino? ¿Quién lo llamó? ¿Quién lo trajo? Para que sea mayor el misterio, el mismo artista se negó a declararlo, cuando fue oficialmente sometido a interrogatorio en un proceso.

El biógrafo más puntual que hasta ahora se conoce del Greco, don Manuel Bartolomé Cossío, a quien seguimos en estos apuntes, sospecha con verosimilitud que si su venida a España no obedeció a ningún misterioso motivo de índole privada, que le obligase a permanecer allí para siempre, debió de originarse por el deseo de encontrar alguna remuneración y teatro en las obras del Escorial, "que, por el año de 1575, se impulsaban con febril actividad. En Roma, precisamente, había sido ya, en 1577, reclutada por el embajador Luis de Requesens,

autor de un soneto en versos monosilábicos al cual se refería el artículo. Pero si recordamos el soneto y bien vale la pena de conocerse. Helo aquí:

**Hoy,
tal
cual
soy,

voy
mal
al
coy.**

**¿Quién
bien
fue?**

No

**lo
sé.**

• • •

Y nuestro querido y admirado amigo Moisés Vincenzi, dueño de Sócrates, Sócrates él mismo, nos disparó hace pocos días este escopetazo: —¿Con que tú conoces a Rubén Darío? A ver si has leído esto en alguna parte—. Y nos recitó dos cuartetos que, francamente, no habíamos leído. Tampoco, debido a nuestra cruel enfermedad, hemos buscado esos cuartetos en la edición de Aguilar que compiló nuestro ilustre amigo, el Padre Méndez Plancarte, hoy

en la gloria del Señor.

Lo cierto es que le pedimos al Socrático que nos los copiara, a lo cual accedió gustoso y entusiasta. Helos aquí:

LA CALAVERA

**Bella flor, dónde naciste.
Qué desgraciada es tu suerte,
que al primer paso que diste
te encontraste con la muerte.**

**Si te corto, lance triste.
Si te dejo, lance fuerte,
pues el dejarte con vida
es dejarte con la muerte.**

Moisés Vincenzi asegura que Darío escribió esas dos

estrofas a los catorce años. Nosotros creemos que fueron hechas a edad mucho más temprana. Tenemos para ello razones que no son del caso exponer. Pero, correctos o no estos versos —nos parece que hay alguna equivocación— son bellos, muy dignos de los primeros pasos de aquel titán.

Más de algún amigo, o enemigo, después de leer estas líneas, habrá de exclamar: —¡Ve con lo que nos viene hoy Proteo, con piezas de museo!

Tal vez así sea. Pero insistimos en afirmar que recordar en alta voz, o por escrito, es enseñar. Piezas de museo. Mejor.

con destino al monasterio, la primera remesa de aquellos decadentes, casi adocenados artistas que se llamaron el Bergamasco, Patricio Caxesis, Rómulo Cincinati; en Roma pudo conocer y tratar, pues allí trataron para entonces a sus contemporáneos Cangiasi, Zucheri, Tibaldi, tan superiores a él en boga, como inferiores en mérito, venidos también al Escorial, más tarde, entre 1583 y 87". Parece ser que Pablo Veronés no quiso venir a España, invitado especialmente por Felipe II; el Greco dejó al Ticiano en Roma, ocupado en dar los últimos toques a sus lienzos destinados al rey de España, y halló a Clovio en la misma ciudad, pintando probablemente miniaturas encargadas por el aludido monarca. La atmósfera de Toledo era propicio para el más fecundo florecer del arte; de ahí que el Greco se sintiese como en propio solar y sentara definitivamente sus reales.

Según el citado biógrafo, el pintor fue traído de Roma por don Diego de Castilla, a la sazón deán de Toledo y cofundador de la nueva iglesia de Santo Domingo el Antiguo, hacia 1577, fecha en que aparecen firmadas las primeras de sus obras. No era Toledo por entonces la capital política del reino. Años antes, en 1561, Felipe II había fijado la corte en Madrid, más cerca del Escorial, el sitio de su predilección, donde hubo de concentrarse con la vida oficial, la vida artística. En Toledo, cuna del insigne Garcilaso de la Vega, fundaba y escribía Santa Teresa de Jesús; Cervantes se inspiró para componer *La ilustre fregona* y *Galatea*; Lope de Vega fue a recibir el premio, en el certamen organizado para celebrar el nacimiento del rey Felipe IV; Tirso de Molina escribió *Los Cigarrales de Toledo*; el padre Mariana, para descansar de su Historia, se retiró al Cigarral de Buenavista, donde su compañero de la orden, el padre Pedro de Ribadeneira pergeñó la *Vida de San Ignacio de Loyola*; el sapientísimo juriscónsul y helenista, Antonio de Covarrubias, también toledano, vio discurrir allí la mayor parte

de su existencia, y Luis de Góngora y Argote, amigo del pintor, le consagró un soneto funerario. El ambiente no podía ser, pues, más favorable para el Greco, quien retrató en dicha ciudad, entre otros eximios personajes, al épico Ercilla, coronado de laureles.

Dice un escritor contemporáneo que nada hay en el Greco que indique al asceta. "Moraba en una gran mansión con un despliegue de suntuosidad que fue considerado ostentoso, y tenía músicos traídos especialmente de Venecia para que lo distrajesen con sus ejecuciones mientras cenaba. Nada de esto es sorprendente, pues es un error suponer que los artistas prefieren vivir en buhardillas".

La pretensa fastuosidad con que vivía el pintor en Toledo no pasaba de ser un mito. En el caserón de Villena, el modesto ajuar estuvo a merced de un criado. Con los achaques y dolamas de la vejez, el Greco daba la impresión de un solitario sentimental e irónico a la vez. Constante en sus relaciones parece, porque, a punto de morir, nombró su albacea a don Luis de Castilla, el hermano del deán don Diego. Diógenes Parramodio y los Constantinos Focas, quienes le sirvieron de testigos en el testamento, que redactó en castellano el doctor Gregorio de Angulo, su fiador y protector muchas veces, su acreedor de cantidades respetables "que le había prestado e socorrido en necesidades particulares", padrino de su nieto primogénito, Gabriel de los Morales, y "regidor bien quiesto" durante muchos años en Toledo.

Si oro tuvo el Greco, lo derrochó en sus cuadros. A quien estos apuntes escribe le cupo la satisfacción de visitar hace algunos años la casa del artista en Toledo, que reconstruyó el marqués de Vega Inclán. Está muy distante de haber sido un palacio, a juzgar por las trazas que hoy ostenta; se halla convertida en museo; la entrada es de absoluta limpieza; las plantas trepadoras cubren la aridez de las paredes con el verdor de sus hojas. En un rincón, formando gruta, una madre-selva demasiado audaz revis-

te los contornos de una estatua griega, por desdicha mutilada.

Más adelante hay una fuente, que tiene por caño la boca sombría de una cariátide, "y por las amargas mejillas corren unas lágrimas, como si la pena hubiese actuado de cincel creador...". A la alegría del patio contribuyen los azulejos; a la izquierda, una habitación llena de bargueños y de libros. Los cuadros que exornan las paredes no son de los mejores del Greco. Una bandeja de plata, ricamente repujada, sirve de tarjetero a los visitantes.

Todo está en orden. Una mesa con dos *ex libris* admirablemente editados en Barcelona; en otra, un primoroso tintero de loza. Más allá hay velones de venerable ancianidad, y por allí tomos de arte; biografías de grandes pintores: Velázquez, Goya, Rivera, Zurbarán, y expresivas dedicatorias al marqués de la Vega. En esa habitación se respira paz y sosiego.

A la derecha, la cocina. No se ha echado en olvido un solo detalle. Están puestos los trébedes, los hierros y el asador. Pende el caldero, presentando su limpio vientre; la vajilla de Talavera duerme en el vasar, y, para mayor abundamiento, hay una obra de Villena sobre guisos. Tan sólo falta el fuego de los carbones encendidos que preste más realidad a la escena.

Se sale al jardín. Una te-

rraza hermosísima. En albercas morunas, los peces de colores reúnen para devorar las migas de pan que les arrojan los visitantes; luego juguetean y se ocultan bajo el musgo, rompiendo el agua en líneas ondulatorias y fugaces.

No huelga recordar que Toledo viene de **Toledot**, palabra hebrea, equivalente a generaciones, porque en la ríspida y elevada roca de granito donde se asienta, diéronse cita cien civilizaciones, cuyos vestigios perduran en numerosas iglesias y conventos, viviendas góticas, mudéjares y platerescas, estrechos y tortuosos callejones moriscos; todo lo cual contribuye a que sea "un pueblo donde cada piedra es una voz que habla al espíritu".

Para Valle-Inclán, Toledo es una vieja ciudad alucinante, la cual ha tenido también un artista alucinante que alumbraba como un cirio de cera en una penumbra de piedras góticas: Doménico Theotécopoli tiene el temblor de los cirios en una procesión de encapuchados y disciplinantes. A toda suerte de meditaciones invita la melancólica y adusta población de Castilla: la sola Catedral es un portento; autores españoles aseguran que pertenece a la época en que el apóstol Santiago era obispo de Toledo. Allí, en el altar mayor de la sacristía se conserva **El Espolio**, uno de los mejores cuadros del Greco.

("Revista Nacional de Cultura". Caracas, Venezuela).



CENTROAMERICANA

Una revista cultural, independiente, dedicada a los cinco países de Centroamérica y Panamá, cuyo único objeto es fomentar una mayor confraternidad entre ellos mismos, procurando a la vez que sean mejor conocidos en las demás naciones del Continente.

CARMEN SEQUEIRA
Directora-Editora
Chimalpopoca 34

Vida y Dolores de Juan Varela

(FRAGMENTO)

Por Adolfo Herrera García

IV

Uno cincuenta al día. Doce horas de trabajo. A las seis de la mañana tocaban una campana. Se cogía entonces la pala y el pico: a doblarse hasta las diez. A las diez otra campanada: al almuerzo. A las once, retorno a la labor. Y seis horas después el último campanazo: comida y cama.

En fila india arrastraban los pies con el fierro al hombro. El capataz, en la vuelta del camino, los contaba:

—Uno, dos, tres, cuatro...

Hasta treinta y siete. La peonada se iba estirando en el campo de labranza poco a poco. La tierra—la tierra ajena y grande—se abría en surcos violentos para preñarse mejor de semilla y de sol.

Casi no se hablaba. Solamente los peones más mozos, al encender un cigarrillo, se cruzaban bromas y algunas veces reían porque nunca habían sido propietarios.

Los más viejos miraban hoscamente. Las pupilas estaban envidiosas de mirar siempre tierra ajena. Algunas veces, el claror de un recuerdo remoto alegraba aquellos ojos. Pero pronto se carbonizaba en el vozarrón grueso del caporal:

—A dormir a sus casas.

Se cocinaba para todos: arroz, frijoles, tortillas. Algunos días, olla de carne. La cocinera y el cuque, a escondidas del mandador, lograban vender la carne a los de más alto salario.

El campamento era un casuchón enorme. Se tiraban a las siete de la noche en los camastros de madera dando grandes resoplidos. Algunos se santiguaban bostezando exageradamente.

Las paredes de la zahurda común estaban impregnadas de los sudores añejos y rancios de todos los peones que por años habían tirado su fatiga al descanso crepuscular.

Apenas se apagaban las luces una muchedumbre invisible de alepates cubría los camastros. Al principio estorbaban mucho para conciliar el sueño. Después el cuerpo se acostumbraba a la picada continua.

Si se encendía de improviso un fósforo, se miraba a aquella hilera pruriginosa de chinches y pulgas correr apresurada a guarecerse de la uña avezada en las rendijas de la madera.

La hacienda era enorme. Abarcaba montañas, alcores, valles, llanadas. Alguna vez, restos de la vacada incontable duraban perdidos en los parazales de los confines semanas enteras.

La infinidad de tierra permitía todos los cultivos. En la parte alta los cafetos se blanqueaban y aromaban en abril. El maíz se perdía en el último repecho del horizonte. Para guarecerlo de la pajarearía se usaban hasta más de cuarenta "espantapiapias". Se entrojaban las mazorcas en cómodas galerías previamente fumigadas; cuando ya parecían olvidadas, seis grandes camiones, resoplantes y potentes, las transportaban a la capital.

En diciembre, para la aporréa, el personal aumentaba a ciento cincuenta hombres. Venían de toda la contornada a enyugarse en la cuadrilla de la finca.

Fue en junio cuando el nombre de Juan Varela apareció por vez primera en las planillas.

Un mes antes había dejado de ser propietario.

¡La hipoteca...!

Casi no deseaba recordar el momento en que le avisaron del banco que la finca ya no era suya. ¡Su finca! La que él había hecho surgir de la montaña cerrera. La que él volteó, aliñó y sembró. Donde

habían nacido sus hijos. Donde había dejado encepado, como una guaría, su corazón.

Al principio pagaban puntualmente los intereses. Tenía esperanzas de salir en dos años, a más tardar, de toda la deuda. El dulce estaba en buen pie. Cuando comenzó a moler en el trapiche, el cañaveral podía dar, a ojo de buen cubero, unas cien tareas. Cuatro trabajaban en la molienda: Ana, dos bueyes y él.

Un día se dijo en la villa que los periódicos anunciaban un bajonazo en el dulce. La Fábrica Nacional de Licores no compraba más. De doce céntimos libra bajó a diez. ¡Una valla! Pero la vencería como venció a la selva, como señoreó sobre el cedral tupido, como domeñó su desencanto.

¡Diez céntimos! ¡Ocho céntimos! ¡Siete céntimos! Todavía no dejaba pérdidas. Estrujar el "diario", vender terneros, no fumar: así se podía seguir pagando los intereses. ¡Cinco céntimos! Ya no era posible. Grecia inundaba los mercados con atados de primera. El costo para los trapiches griegos era mínimo: buenas carreteras, fuerza eléctrica, producción en grande. ¡Pero él...! Eran cuatro horas de carreta; entre barriales profundos, para llegar al centro con su carga de atados y tamugas. Trabajaba con dos bueyes. Y aunque Ana valía tanto en su trabajo como un peón entero, estaba solo. Trasnocadas, madrugones, carreras, quemaduras en la paila, préstamos de tres pesos...

Un día recibió el primer aviso del banco. No podía esperarlo más. Estaba muy vencida su deuda. El abogado bancario le concedía un plazo razonable "para pasar a nuestras oficinas a arreglar este enojoso asunto".

Luego otra carta: la penúl-

tima.

En la última le decían lo del remate. En mil trescientos colones se la llevó un señor de Alajuela.

Salida del terruño. Muy de mañana. Adelante, en la carreta, los chunches, la mujer y los chiquillos. Atrás, a pie, Juan y Eduardo, el primogénito.

—¡Yo no me quiero ir, papá! ¡Yo no me quiero ir!

Más que nunca cantaban los jilgueros esa mañana. El día anterior la veranera que había sembrado el año pasado, reventó en rojeces vivas. El día que la sembró, por cierto, había ido a la villa. Al regreso fue cuando Angel Quirós le regaló el "hijito".

—¡Yo no me quiero ir, papá! ¡Yo no me quiero ir!

A lo lejos, en el propio cangilón roquizo, el río salmodiaba su murmullo. Como siempre. Como todos los días.

—¡Quedémonos en casa! Es mejor quedarnos en casa.

Había cerrado puerta y ventana con la tranca. Luego la había revisado, palpándolas bien. La tranca rechinaba mucho: falta de aceite indudablemente. El aceite era mejor que la grasa para las trancas. En cambio, para los ejes de carreta, era superior la grasa.

—¡Yo no me quiero ir! ¡Yo no me quiero ir, papacito! Es mejor quedarnos.

Dentro de seis meses recogerían la cosecha de la milpa. No. Dentro de seis meses no. Tal vez dentro de cuatro meses. En cuatro meses sí.

—¡Quedémonos en casa, papá!

En la madrugada seguro iban a venir los venados. ¡Animales más necios! Si sólo se comieran los "hijos", pero lo pisotean todo...

—¡Yo no me quiero ir, papá!

La carreta caminaba lentamente. Iba sin lavar.

—¡Quedémonos, quedémonos!

Cerró el portón. Y no pudo más que correr, camino arriba.

Ni una vez—ni una vez siquiera—volvió la cabeza atrás.

...

Dentelladas de sol en la espalda. Luz cegante. Rápidos

e injuriosos como madrazos, los reflejos en la pala.

Calor. Sudor. Se avivan los piojos en las axilas. En la bolsa contráctil del estómago el guaro añejo estorba la acción del jugo gástrico sobre los frijoles enteros.

La palada es seca, dura, cruel. ¡La tierra! Otra palada: duro, firme. Ahora, dejar el hierro en la entraña, enterrado bien hondo. Si la tierra tuviera sangre, él se habría manchado las manos y hasta el pecho lo tendría rojo y tibio. Pero si tuviera sangre, la tierra no sería lo que es. Hay que darle duro como si fuera la hembra traidora. Duro. Fuerte. Otra palada. . .

Más sol. Más calor

Más cansancio, más agobio y más tierra: condescendiente y blanda. ¡La traicionera! Hay que darle duro, hasta que el machetazo del cansancio le descoyunte el biceps y le acalambre el brazo. Si tuviera voz la oíría clamar de dolor. Rápida la puñalada. Abrirla medio a medio. Rajarla, azotarla, romperla, descuartizarla. ¡La tierra. . .!

Borracho no se piensa nada. Por eso sorbe a veces huacales de chirrite caliente. Ebrio se tira en los caminos solitarios, sobre los barriales lechosos de la luna, y siente que no siente.

Hay que martirizar la tierra. Tiene de sobra para que sus chiquillos no fueran tan pálidos, ni tan panzones, ni tan desmirriados. Ella podía encender de nuevo el fogón todas las mañanas. ¡La tierra! ¡La todopoderosa que nada daba! Dentro de unos meses reventarían de las eras los renuevos del maizal y la caña alzaría al cielo los verolises altivos como "güipipias" domingueros.

Todo sería preñez de abundancia, hinchazón de vida.

El maíz y la caña y el café y los frijoles se los llevarían a la capital en los grandes camiones ruidosos. No eran para él. Ni para Ana. Ni para los chiquillos.

¡El patrón! ¡La tierra! Por eso estaba perniabierta y por eso era paridora: para el patrón. Era para darle de patadas. ¡La tierra!

La tierra grande y ajena.

* * *

Miró al derredor: los hom-

bres trabajaban con desgano, ensimismados en desconocidas añoranzas. Algunos rumiaban un pedazo de breva, y sus escupitajos semejaban alacranes en el suelo.

Los más jóvenes no sentían el enseñoramiento de la tierra ajena. Por carecer de pasado, su presente no llevaba lastre. Los doce reales diarios contentaban sus ansias. Conjugaban la vida en un solo tiempo: presente. Nacieron peones, seguían asalariados y continuarían hasta la muerte enyugados a la gleba.

Era el único portillo que dejaba abierto a sus vidas el tendido de las cercas.

¡Las cercas de los grandes latifundios con su alambre de púas!

"Esto está cogido. Esto está cogido": la salmodia de cada punta de alambre. Y se extendían kilómetros y kilómetros, estrechando toda la tierra con su brazo acerado.

"Los alambres de las cercas son los hilos telegráficos que transmiten a los hombres el mensaje de las supremas justicias". (Lo dijo Juan Varela, años después, en la plenitud de su desolación).

La tragedia del latifundio se agigantaba más aún en la vida de los peones viejos. El pasado reciente—el cerco, el chanco, la milpilla— hacía que en sus almas se hincasen más desgarradoras las voces del capataz.

Donde pusieran la mirada había una cerca. ¡Ni campo para ver! ¿Dónde encepar el corazón?

Sus vidas no echaban tallo en cuarenta años de corcova sobre el surco ajeno.

Eran maíces en rocas vivas.

A las peones de más confianza les daban una casita para que vivieran con sus mujeres y sus hijos. Juan solicitó una. No se la dieron porque estaba recién llegado y había otras solicitudes anteriores a la suya. Había que aguardarse.

Mientras tanto, Ana y los chiquillos quedaban agradeciendo el hospedaje de Angel Quirós. El enviaba todas las semanas su salario completo; de allí se cobraba Quirós los gastos. Pocas cartas recibía Juan. Y todas con malas noticias: Eduardo estaba con paludismo; Clarita, empanzada

de lombrices. Los Quirós eran muy buenos con ellos. El recién nacido ya estaba destetado y molestaba mucho con la salida de los dientes.

A Juan le hacían mucha falta los chiquillos. Por las tardes, después del rápido yantar acercábase a las casas de los peones casados y jugaba horas de horas con los niños ajenos, como la tierra.

* * *

El y cuatro peones más limpiaban las callejuelas del platanar que cobijaba piadosamente el cafetal. Algunos racimos henchidos de sol y de miel se rajaban a trechos enseñando la blandura alba de sus pulpas.

Al volar las abejas golosas de regreso al colmenar perdido en la nopalera, chorreaban una miel color de luna de marzo.

Había se trabajado duramente. Faltaban pocas horas para rematar la labor del día. La tentación de la miel, como otra abeja glotona, les picaba los paladares resecos.

—Comámonos uno.

—¿Y si nos ve el capataz? —¿Qué va, hombre! No nos puede ver.

Espiándolos tras el ayotal estaba el capataz:

—¡Ladrones, ladrones! ¡Les estamos pagando para que se coman las plátanos! ¡Bonita gracia! ¡Fuera de aquí! No queremos ladrones en la finca.

En un saco de manta envolvió sus camisas y sus pantalones. Prendióse a la cintura el "colins" y tomó el camino que lo bajaría a la bejucal de la Barranca.

* * *

La carreta era prestada. Le hizo un entoldado con bambú, tendió en el piso la esterilla y allí acomodó a la familia.

Eduardo calentaba los fríos de su paludismo metiéndose bajo el pecho de Ana. Clarita abría las pupilas clamadoras de angustia. A intervalos largos, lloraba el recién nacido, silenciándose cuando Ana le acercaba a los labios la chupeta mojada en miel.

Chuceando los bueyes, cabizbajo, mudo, Juan.

Faltaba poco para que el grito de los congos retumbara con el desfallecimiento de las luces vespertinas. En algunos trechos del camino ya había anochecido. Una claridad cerúlea y postrera se apagaba bajo las brumas que poco a poco iban envolviendo la selva sombría.

Del Golfo de Nicoya, abierto veinte millas más allá a la noche próxima, soplabla cruda brisa mensajera de un aguacero.

—Guí, buey.

—Animas benditas, que no llueva.

Paso a paso bajan los bueyes. No se detendrían sino hasta un recoveco entre los canjilones del río.

Eduardo tiritaba. Dentro de un rato, en un cambio brusco y paralizador de alientos, el frío abandonaría su cuerpo desmirriado y entonces las mejillas se le enrojecerían en los sofocones de la fiebre.

—Un poquito de bebida, mamá. Poquita para que no se gaste.

—Sí mi vida. Pero hay que abrigarse.

El recién nacido reanudaba su llanto. Con las manos entorpecidas por la congoja, Ana buscaba en el montón de trapos la chupeta y se la ponía en los labios. Por unos momentos se callaba la pena de la carreta. Sólo se oía en la quietud de la tarde ida, el golpe de las ruedas bajando cuestas.

—Guí, buey.

—Animas benditas, que no llueva.

Nubes de mercurio marcaban el rumbo de la brisa oceánica. La tibieza de la bajura iba desapareciendo junto con el claror del día.

—Me estoy ahogando, mamá. Quíteme esta cobija. ¡Destápeme. . .!

—Te resfrías, mi vida. Ahorítica estás bueno. Vas a ver. . .

Sobre la carreta anocheció. Una neblina tangible y fría se echó sobre el repecho ilimitado. Quebrada sonaba una voz:

**"Señora Santa Ana
¿por qué llora el niño?"**

* * *

¡Mamá, mamá. . .!

—San Isidro Labrador, que no llueva.

Incunables Argentinos

Por Adrián Pineda

"Un pueblo sólo tiene un medio eficaz de arraigar perdurablemente en la admiración del mundo, que es depurar su pensamiento y esparcir a todos los aires sus frutos; cualquier otra gloria va contaminada de injusticia o engendra dolor, o al fin perece: del tiempo y de la muerte, sólo triunfa el espíritu."

F. Grandmontagne.

Con motivo de celebrarse en estos días una muestra del Libro Argentino y por considerarlo de interés para los estudiosos, voy a referirme al origen del libro argentino, y en general de la imprenta en la América española.

Antes, recordemos el hecho más importante: la publicación del primer libro en lengua castellana y su título es: "La Escuela Espiritual" de San Juan Climaco que fue publicado en México, en 1536, es decir, acaban de cumplirse 400 años.

Este memorable hecho, es relatado, con estilo arcaico pero elegante, por fray Agustín Dávila Padilla, religioso dominico. Se refiere a un hermano suyo en religión fray Juan de Estrada y dice:

"Estando en casa de novicios, hizo una cosa, que por la primera vez se hizo en esta tierra, bastaba para darle memoria, cuando el autor no la tuviera, como la tiene bien ganada, por haber sido quien fue. El primer libro que en este mundo se publicó y la primera cosa en que se ejerció la imprenta en esta tierra, fue obra suya.

Dábanles a los novicios un libro de San Juan Climaco, y como no los había en romance, mandáronle que lo tradujera del latín. Hízolo así, con presteza y elegancia, por ser muy buen latino y romancista, y fue su libro el primero que se imprimió por Juan Pablos, primer impresor que a estas tierras vino".

Este hecho, realizado en el centro de la cultura colonial de la América española, según opinión de algunos autores, no tuvo ninguna relación con los incunables argentinos.

En lo que es hoy la gran

nación argentina, el nacimiento, tanto de la imprenta como del libro, tuvo lugar, no en Buenos Aires, la ciudad virreinal del Río de la Plata, sino en un pueblito de las reducciones jesuísticas, en medio de las selvas misioneras. Por circunstancias extraordinarias, la historia del libro argentino es un hecho también memorable en los fastos de la tipografía universal, pues se conocen sus productos, sin saber su origen. Bibliógrafos americanos y europeos han profundizado este capítulo de la famosa imprenta guaranítica, sin poder fijar exactamente la fecha en que empezó a alumbrar para el pueblo argentino la luz del progreso. Al respecto, son interesantísimos los trabajos de investigación realizados por el literato argentino Dr. Juan María Gutiérrez, el bibliógrafo chileno José T. Medina y el gran historiador argentino B. Mitre, quien comentando este milagro de la fe industrial, dice lo siguiente:

"La aparición de la imprenta en el Río de la Plata, es un caso singular en la historia de la tipografía. No fue importante: fue una creación original. Nació, o renació en medio de las selvas vírgenes, como Minerva indígena, armada de todas sus piezas, con tipos de su fabricación, manejados por indios salvajes recientemente reducidos a la vida civilizada, con nuevos tipos fonéticos de su invención, hablando una lengua desconocida en el viejo mundo (el guaraní).

Algunos historiadores afirman que esta imprenta la fundaron los jesuitas en 1704, pues se sabe que los misioneros jesuitas hacia mucho

tiempo que pedían a sus superiores en España, el envío de una imprenta para imprimir los vocabularios y algunas traducciones al guaraní, de sus libros de enseñanza y de piedad. Pasó el siglo XVII sin que esta solicitud fuera satisfecha, hasta que los mismos religiosos "con maderas de aquellos bosques y algunos puñados de plomo y estaño, y sin más ayuda que la de sus indios, fundieron tipos y construyeron prensas e imprimieron tomos con numerosos grabados". Se sabe que en el año de 1631 el famoso misionero jesuita, Padre Montoya descendió por el Paraná e hizo varias fundaciones, ensanchando así la famosa colonización realizada por la Compañía de Jesús, pero no se ha establecido que fuera él, el fundador de la imprenta guaranítica.

Es tan interesante la historia de los incunables guaraníticos, que se podría escribir muchísimas páginas, pero he aquí la lista de los cinco primeros:

1) "De la diferencia entre lo temporal y lo eterno" de E. Nieremberg, traducido al guaraní por el P. Serrano.

2) "Manual o Reglamento de la Compañía de Jesús".

3) "Vocabulario de la lengua guaraní". Antonio Ruiz.

4) "Arte de la lengua guaraní". Antonio Ruiz.

5) "Explicación del Catecismo en lengua guaraní", por Nicolás Yapuguay. Lo que ha asombrado a los bibliógrafos es que su autor es un indio.

En 1764 se estableció la segunda imprenta en territorio argentino, en Córdoba en el famoso colegio Máximo de Monserrat y sus fundadores también fueron jesuitas. De

esta imprenta, conocidas sólo se conservan unas cuatro obras, de gran valor hoy día debido a su insigne rareza. Con la expulsión de los jesuitas, la imprenta fue cerrada, pues los tipos se empastalaron, se quebró el árbol de la prensa, pero nada se perdió. Después de 17 años, el dinámico virrey Juan José de Vértiz, "el mandatario más progresista que han tenido las colonias hispano-americanas; el que tuvo la doble inspiración de fundar en Buenos Aires, simultáneamente, bajo la denominación de Imprenta de los Niños Expósitos", ordenó el traslado en una tropa de carretas tucumanas a Buenos Aires de la deshecha imprenta de los jesuitas. Hoy esta imprenta se conserva en el Museo Nacional de Buenos Aires.

La débil luz del progreso de América, encendida primero en México y luego seguida por sabios sacerdotes en las selvas argentinas, es hoy una inmensa hoguera, cuyos resplandores nos llegan hoy con la muestra del libro argentino.

Bienvenida, por venir de quien viene, esta exposición de libros, verdadera muestra no sólo del pensamiento argentino, sino también del arte de la moderna tipografía.

Hoy día poseemos formidables estadísticas de lo que entra y sale en todos los puertos de cada país. Pero hay algo que sale y entra sin que se pese ni se mida: verdaderas exposiciones e importaciones invisibles, embajadores fuera del presupuesto y del protocolo de las naciones que nos traen conocimientos en alas de sus libros, pues éstos saltan las fronteras e invaden otros países y van esparciendo sabiduría.

Lástima grande que no voláramos los ojos hacia los países de la América del Sur con más frecuencia y solicitemos que nos envíen todo lo mucho que ellos tienen, sirviéndonos de ese vehículo maravilloso y común que es nuestra lengua y que nos une a todos los indocamericanos.

Julio de 1958.

y minúscula, aclaró un cacho de luna. La neblina se compacta en las mancuernas del camino. Tenebrosos murciéla-

gas levantaban su vuelo de cuento de brujas sobre el sendero empinado.

—Guí, buey.

—Mamacita, me estoy ahogando...!

—¡Dios mío, que no llueva!
¡Dios mío, que no llueva!

—Guí, buey.

Bajaba la angustia de la carreta.

Brújula Quieta

¿Por qué no revivir las Exposiciones anuales de Artes Plásticas? Manuel de la Cruz fue uno de ellos; Quiko Quirós, otro; y, además, un grupo apreciable de gentes que se interesan por la cultura, los que en ya perdida fecha iniciaron las Exposiciones Anuales de Artes Plásticas en el Teatro Nacional. Ese ha sido uno de los actos que han dado más impulso al desarrollo y orientación del movimiento artístico cultural en el país. Era, en verdad, una fiesta para el espíritu aquellas exposiciones en que se reunía lo mejor de nuestros pintores y escultores a competir en su trabajo. Allí se conocieron las pinturas de Paco Zúñiga, así como su escultura; las finas cosas en piedra y en madera de Juan Manuel Sánchez; la obra fuerte de Juan Rafael Chacón y de muchos otros; y en pintura, a Manuel de la Cruz, Quiko Quirós, Luisita González, etc. etc. En esa época se vivió en Costa Rica, en esta pequeña tierra, la alegría del Arte; y en esas justas del espíritu, la dura tarea del artista se recompensaba con la admiración que su obra despertaba entre los muchos espectadores que asistían a las exposiciones. No creo que debemos echar en olvido las enseñanzas que esos días dejaron en el ánimo de todos aquellos que se interesan por las Artes Plásticas. Se debe hacer un nuevo esfuerzo para revivir esas Exposiciones y aún más, en estos momentos vendrían a despertar entre los artistas el deseo de crear, de trabajar, de hacer obra, puesto que el solo hecho de exponer en un Salón anual, alimentaría su conciencia creadora, dándoles

el impulso de reconocimiento que tan importante es para el hombre que transita por el camino del trabajo mental y físico, dentro del campo artístico. El Gobierno debería ir pensando cómo se apresta a revivir este anhelo de todos los intelectuales del país; es ya una necesidad sentida que

la ayuda estatal en el desarrollo de la cultura, debe ser amplia a través de un Instituto de Bellas Artes bien estructurado. Buenos premios en efectivo para los ganadores en las exposiciones; impulso a la novela, la poesía y el ensayo; a la investigación científica, a todos los que ha-

cen patria imperecedera en los múltiples predios de la cultura.

La Universidad inaugura un nuevo Edificio, el de Educación. Esto quiere decir que este centro de alta cultura cumple orientadamente los planes que se propuso. Son varias las facultades que ya tienen su edificio propio y trabajan intensamente. Esta, la de Educación, debe señalar rumbos muy definidos a sus alumnos. Estamos en una quiebra de la educación, según comentan los que de estas cosas saben y hay que orientar ésta por otros rumbos, para que dé el fruto deseado. La sombra de los grandes educadores del pasado, Miguel Obregón Lizano, Roberto Brenes Mesén, Mauro Fernández, Omar Dengo, García Monge, Justo Facio y

Ver pasar la vida...

Eso podrá ser cómodo pero...

SERÁ LO MÁS CONVENIENTE?

NADA hay más incierto que el porvenir. Todo lo que hagamos por asegurar el bienestar del futuro es conveniente.

Por eso no basta con ver pasar la vida. Debemos tomar un SEGURO de VIDA que es la forma más conveniente de asegurar el futuro bienestar de la familia y el de nosotros mismos.

Llame a un Agente Solicitador del Instituto Nacional de Seguros y él sabrá indicarle cuál seguro le conviene a usted tomar.



Instituto Nacional de Seguros

otros, debe ser guía y norte de este nuevo instituto del saber. Que se investigue el por qué de tanto desastre en primera y segunda enseñanza, en la enseñanza rural, en la urbana... Que se investigue a fondo el problema del maestro, su economía, su modo de vida tan precario, que mucho tiene que ver con la desbandada de maestros de los predios de la enseñanza. Es importante que todos estos problemas con los de la cultura, se investiguen y que no seamos nada más que un laboratorio para experimentar teorías, puesto que la tradición en el campo educativo tiene hondas raíces en nuestra tierra. Recordemos a todos estos grandes educadores que nos precedieron. Y que siga adelante la Universidad.

Con mucho éxito el Teatro Las Máscaras, exhibe "Marea Baja", comedia de autor inglés, chispeante y festiva. Este despertar de Las Máscaras debe celebrarse con alegría, que ya de nuevo en su trabajo, prepara y ensaya nuevas piezas de teatro de todo género, dramáticas, ligeras, de autores modernos y muy modernos. Si deseáramos que también no se descuidara el teatro clásico. Nada es más importante que esto, que forma cultura. Lope, Ruiz de Alarcón, Calderón, entre algunos españoles, y el teatro francés e inglés, con Racine, Shakespeare, Ben Johnson, Moliere, y el griego, ¿por qué no? Hay que esforzarse por estas cosas que son importantes aún, para que el público pueda entender el teatro moderno y modernísimo...

Jorge Gallardo, el pintor, se encuentra por un tiempo corto de nuevo en su patria. Gallardo ha estado viviendo en México; hace algún tiempo se fue a trabajar en su pintura a esa gran nación. Ha estado haciendo obra; retrato y apuntes. Nos mostró algunos muy buenos sobre ballet y una fotografía de un retrato de un joven compositor mexicano. Está bien en todo, y es su deseo antes de regresar a México, pintar aquí en su tierra.

Bien relacionado con pintores y escritores, trajo noticias de ellos y colaboración. En este número viene un soneto a Yolanda Oreamuno, de Eduardo Catano, y ofreceremos próximamente páginas de poesía del último libro editado por la poetisa Eunice Odio que, según Gallardo, ha sido una revelación poética de alto valor, habiendo entusiasmado mucho en México a don Alfonso Reyes y a otros intelectuales de nota. Esperamos poder darles a los lectores de BRECHA unas páginas de este libro de Eunice.

Manuel de la Cruz González, quien hace pocos días dictó una conferencia en el Museo Nacional, sobre arte abstracto, prepara para dentro de unas semanas, una serie de conferencias sobre ese apasionante tema al que Manuel de la Cruz ha dedicado muchos años de estudio y es en este campo que su obra es una realidad positiva de grandes méritos.

Es de desear que Manuel de la Cruz se decida no solamente a dar sus interesantes conferencias, sino, que también nos dé las muestras de su alta cultura y de su hábil pincel, en una próxima exposición.

Los que hemos tenido el privilegio de ver sus cuadros abstractos, nos sentimos orgullosos de tener entre nosotros un espíritu tan humano, tan inteligente y tan inquieto como Manuel de la Cruz, algo fuera de lo común en nuestro medio apático, sin nervio, raquítico. Sostener por tantos años su gran vocación a las artes plásticas y su entusiasmo, dentro y fuera del país, y darle en Cuba y Venezuela un alto nombre a su Patria, no es un milagro realizado, sino, solamente una actitud digna de su inteligencia. Así es Manuel de la Cruz González.

Como un evento del espíritu, dentro de los actos de celebración de la Semana Universitaria, estuvo el de un concurso literario. Promover justas de esta naturaleza es

dentro de nuestro medio algo inusitado; hace tanto tiempo los hubo, que ya las nuevas generaciones no saben lo que esto significa y el valor que tiene para las promociones de una juventud literaria inquieta.

De todas maneras, este concurso literario de los universitarios viene a poner de nuevo en el tapete la necesidad de estos interesantes actos. Los jurados fueron los profesores Arturo Agüero Ch., Abelardo Bonilla y Fabio Fournier Quirós, y los ganadores en cuento: Mario Madrigal Mora, con su cuento "Historia de un Gran Hom-

bre"; la señorita Angela Abarca Molina, del quinto año, obtuvo el segundo premio con su cuento "Fue una Equivocación", y el premio de poesía se declaró desierto, lo que implica un juicio muy acertado de los señores del Jurado. Porque aquí hay exceso de malos poetas.

El Diablo en el cielo, de Eduardo Casamiglia será publicado en BRECHA en varios números comenzando en el N° 12. Esto significa un gran acontecimiento para nuestra Revista que rescatará del olvido un importante trabajo literario.



EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA ES COMPLEJO Y SE RESUELVE SOLO CON LA COLABORACION GENERAL



El problema de la vivienda en Costa Rica, debido al aumento de la población, en primer término, para no citar otros factores, se va agravando considerablemente. Aun en los países más adelantados como los Estados Unidos de Norteamérica, hay tugurios y la escasez de casas es muy alta. Lo que quiere decir que sólo mediante la colaboración general se puede encarar el problema. El Instituto Autónomo de Vivienda, ha venido recibiendo la colaboración del Poder Legislativo; Ministerios; Municipalidades; Entidades Autónomas y empresas particulares, para ayudar a combatir el tugurio y la falta de vivienda de interés social.

En esta foto vemos a una señora en las Casitas de Santa Ana, quien antes vivía en un tugurio, admirando la máquina de coser donde aprenderá a hacer trabajos remunerativos, gracias a la labor del Servicio Social del Instituto y al aporte muy valioso y oportuno de equipo que le ha hecho la CARE, organización filantrópica privada de los Estados Unidos.

MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la Agricultura y la Industria

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington"

Equipo de Refrigeración.

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal"

• SURTIDO DE REPUESTOS

TALLER DE SERVICIO

CONSULTE NUESTROS PLANES DE FINANCIACION

EDIFICIO INTERNATIONAL

75 VARAS NORTE HOTEL EUROPA

Teléfonos: 5830-5831

Apartado: Letra "A"



PILSEN

SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces.

